REVISTA HISPANO-AMERICANA

CERVANTES

DIRECCION

SECCIÓN ESPAÑOLA: R. Cansinos-Assens.

SECCIÓN AMERICANA: César E. Arroyo.

SECRETARIO DE REDACCIÓN: Ballesteros de Martos

SUMARIO

*El encanto inexpresable: Poema con asterisco*s, por R. Cansinos-Assens.- *La mensajera*, por Carlota Remfry de Kidd.—*Poetas hispanoamericanos*, por Eliodoro Puche, Ernesto López-Parra, Juan Las, Guillermo de Torre, Arturo Torres Ríoseco (chileno) y César A. Comet.—*En la cumbre*, por Julio González Hernández.—*El profesor Einstein y su nueva teoría del Universo*, de *La Revista de Francia*.—*Ensayos sentimentales*, por Macedonio Garza (mejicano).—*Iniciaciones ejemplares*, por Angel Suárez —*Páginas Hispano-israelitas. Sionismo*, por José Forache.—*Soliloquio*, por Eduardo María Segovia.—*Artes plásticas: Artistas españoles contemporáneos*, por Angel Dotor.—*Galería crítica de poetas del ultra: Guillermo de Torre*, por Joaquín de la Escosura.—*Ensayos de melancolía*, por Antonio M. Cubero.—*Antología expresionista*, por Ernest Stadler, Johannes R. Becher, Kurt Heynicke, Werner Hahn, Alfred Vagts, Wilhelm Klemm. August Stramm, Lothar Schreyer y H. v. Stummer.—*Bestiario pintoresco*, por Juan Bautista Sastre.—*Bibliografía*, por C. A. C.

Octubre 1920

MADRID

Precio: 2 pesetas

© Biblioteca Nacional de España

Revista Hispano - Americana

"CERVANTES"

LITERATURA Y ARTE. — FIRMAS ESCOGIDAS

Apartado de Correos 502.-Madrid

Precios de suscripción:

España: Mes, 2 pesetas; año, 20
América: Año, 30, certificado.

La Librería **Yagües** sirve con el 10 por 100 de descuento a los suscriptores de la Revista, cuantos libros la pidan, con lo que, dada la gran cantidad que emplean en libros, les resulta *gratis* la suscripción.—Pidan catálogos.

Reimpresos los números agotados de «Cervantes», se sirven colecciones.

SUMARIO DEL NÚMERO ANTERIOR

Letras americanas: Algunos poetas chilenos de hoy, por Angel Cruchaga Santa María (chileno).—*Poetas hispano-americanos*, por Medardo Angel Silva (ecuatoriano), Luciano de San Sach, Alberto Ghiraldo (argentino) y Juan Las.—*Cuentos españoles: Fuensanta*, por Juan Bautista Sastre.—*Trozos humoristas: La cara antípoda*, por Tomás Luque.—*Perdida*, por J. Rivas Panedas. *Ensayos de melancolía*, por Antonio M. Cubero.—*Hacia otra vida*, por Juan Héctor Picabia.—*Poemas en prosa: Canto al no nacido*, por R. Cansinos-Assens.—*Itinerario noviespacial del paisaje*, por Guillermo de Torre.—*Un libro interesante: España y los judíos españoles. El retorno del éxodo*, de R. Cansinos-Assens.—*Epílogo de un novelista célebre (En el cuarto aniversario de la muerte de Felipe Trigo)*, por César E. Arroyo.—*Artes plásticas*, por Ballesteros de Martos. *Bibliografía*.

© Biblioteca Nacional de España

REVISTA HISPANO-AMERICANA

CERVANTES

Madrid, octubre 1920.

El encanto inexpresable

Poema con asteriscos

¡Oh, poesía, encanto inexpresable de la hora y del sitio! ¿Por qué me envuelves de ese modo? ¿Por qué me agobias, por qué me oprimes, por qué llenas de tal modo mi pecho? Mi pecho es débil y escaso para contenerte; mi pecho necesita lanzar de sí en gritos, en suspiros y violentos sollozos esta carga abrumadora; mi pecho necesita devolver así al aire y a la estrella su dardo.

¿Qué te pasa, ¡oh, alma!, que tan enajenada estás? Tan exaltada sobre tiernas y reales alfombras, ¿qué te pasa, ¡oh, alma!, que saltas y brincas y agitas dentro del pecho tu pandero argentino, como una

© Biblioteca Nacional de España

danzadora? ¿Qué te pasa, qué te pasa, que abandonas tu estancia interior y olvidada de tu regio atavío, te lanzas a los patios como una mujerzuela? ¿Qué te pasa, qué te pasa, dime?

Tú eres pobre, eres triste, eres sola; tú no tienes broche para tu túnica, ni compañía para tu estado; tú eres como la más desdichada mujer que sólo posee la tela que la envuelve; como la más desdichada criatura que sólo posee su corazón.

Y, sin embargo, esta noche andas loca y enajenada de alegría, y como desfallecida bajo el peso de tu felicidad; bajo la carga, pesada cual de oro, de tu dicha. ¿Por qué esto, alma?

¿Qué dulce beso se ha posado en tu frente, qué diamante radioso ha entrado en tu joyel, qué mágico reino se te ha dado esta noche?

¡Oh, alma!, ¿por qué no contestas? ¿Por qué no das al aire una leve palabra? ¿Por qué no dejas oir siquiera un balbuceo?

La ternura de la propia alegría no deja hablar al alma; la ternura y el llanto entrecortado ahogan benignamente su voz; mi alma es tan dichosa esta noche que posee la ventura de la lágrima inmotivada.

* * *

Mi alma llora ingenuamente, reclinada con amor sobre su cuerpo; reclinada sobre su cuerpo, como sobre un tronco florido; llora por la magnitud de su dicha.

© Biblioteca Nacional de España

¿Por qué esto, alma? ¿Por qué tú, tan triste siempre, esta noche estás tan alegre que lloras? ¿Por qué tú, tan pobre siempre, manejas esta noche diamantes? ¿Quién te ha puesto así, oh, alma?

Tú vas sola, sin embargo, como siempre; tu manto, viejo y pobre, no se ha ornado de fiadores de oro, como siempre; tu sueño de amor no se ha revestido de unas manos para acariciarte, como siempre. ¿Por qué, pues?

Tu dicha no está en el beso ni en la dulce palabra; tu dicha no está en el fulgente anillo ni en la vara florida; tu dicha no está en lo que se percibe. ¿Dónde, pues?

¿Quién te ha trastornado, pues, hasta este punto, ¡oh, alma mía!, que saltas y brincas grotescamente, que te esparces en grandes gritos como un sapo de la fresca ribera?

¿Quién te enajena así, oh, alma? ¿Qué vino dorado, qué gallardo mancebo te transporta? En verdad, yo no he visto llegarse a ti ninguno; pero, ¿quién entonces?

¿Es el aire, poblado de músicas y de luminarias? ¿Es la clara estrella, más clara esta noche y más amiga que nunca? ¿Es el cielo azul, más benigno y sereno esta noche que ninguna otra noche serena?

¿Es la fresca sombra, es el árbol fragante, es la risa lejana, o la voz argentina? ¿Es la cara risueña o el amante coloquio que al paso se percibe? ¿Es el son musical que el viento amorosamente susurra?

© Biblioteca Nacional de España

¿Es el dulce recuerdo bajo la fronda trémula? Es todo eso y lo que no puede decirse.

* * *

¡Oh, encanto inexpresable de la hora y del sitio! ¿Por qué me atormentas? ¿Por qué me haces vagar interminablemente del lado que la fuente ha puesto verde y húmedo? ¿Por qué me haces mirar tantas veces al brillante lucero y enternecerme sin motivo?

Fronda, fuente, luz de cielo, ¿por qué solicitáis mi alma? ¿Por qué llamáis con espada a mi pecho? Yo no tengo la palabra suave, la palabra ascendente, vaga e inmaterial, como un incienso o una excelsa vía que necesitáis. Yo no tengo la rima aérea, fragancia y claridad, ni el verso cristalino, trémulo como un ala. Yo no tengo en mi tesoro la palabra decisiva de nácar o de oro que haría falta en este instante. Yo no tengo mas que una emoción y un sacudimiento.

Yo no tengo mas que esta ternura, que como una niebla me envuelve suavemente; yo sólo tengo mi trémulo suspiro y la humedad de mis ojos; yo sólo tengo este anónimo amor que mi pecho fatiga.

Fronda, fuente y tú, ¡oh estrellita!, más terrible que todas las miradas, ¿por qué agobiáis mi espíritu? ¿Qué extraño sentimiento, que melancólica alegría, qué dichosa locura infundís en mi alma? Mi pecho necesitaría dar ahora un grito sobrehumano para descargar su plenitud; mis ojos llorarían un

© Biblioteca Nacional de España

largo llanto con alegre sentido; mi cuerpo todo necesitaría entregarse ahora a violentas y gloriosas acciones para rendir su fuerza.

Mis manos necesitarían matar un león o abatir un cedro, o quebrar todas las lanzas de un escuadrón de héroes; mis pies necesitarían correr la llanura y el monte y apagar con sus plantas una hoguera; mi cuello necesitaría para rendirse sostener racimos de ardorosas amantes.

Mi alma siente dentro de sí un sordo palpitar y un desbordamiento; siente dentro de sí, de una fuerza insabida, el borbotear impetuoso; mi alma necesitaría luchar o amar bravamente, o rendirse a sí misma con sus suspiros o sus sollozos, como el mar en la noche.

Mi alma se siente capaz de vencer a un ejército por la caricia o por la espada; mi alma se siente capaz de sostener sobre su pecho una muchedumbre.

* * *

¡Oh, noche! ¿Por qué me infundes esta heroica locura? ¿Por qué me infundes esta bravura inútil? Cierto; nadie quiere probar conmigo ni su espada, ni su corazón; cierto, yo estoy solo con mi amor y mi ensueño entre la multitud.

Mi alma ha llorado un instante; pero estas lágrimas le han sido dichosas; mi alma, con estas lágrimas, se ha sentido fresca y fragante como el blancor de una acacia; y ha sentido dentro de sí, en su soledad, una inmaculada alegría.

© Biblioteca Nacional de España

¡Oh, alma mía!, ¿por qué estás tan alegre esta noche? ¿Por qué una sonrisa de infancia tuerce esta noche grotescamente tus arrugas? ¿Por qué engalanas con una alegre mueca la antigua y sombría pena de tu cara?

¿Es que has vuelto a recobrar tu vestidito blanco y tus tirabuzones sobre la frente, y una joven y bella mamá que te sonreía al regreso? ¿Es que has vuelto a recobrar la antigua inocencia y el sueño tranquilo bajo la oliva santa?

¿Es que el corcel de tu amante ha hecho sonar de un modo claro las piedras de la avenida? ¿Es que el corcel de tu esperado ha hecho estremecer, como a un luciente guijarro, tu corazón?

Yo no sé, yo no sé—dice mi alma—; mi vestido no es blanco, ni mi pelo a tirabuzones, y al regreso no me aguarda nadie ni para sonreir ni para mirarme airado, y el amante soñado no sé yo de qué lado camina; mi vida, hoy como siempre, está presa en su cerco de ensueño.

Ninguna flor fragante ha dado su perfume en mis cabellos; ninguna pluma erguida ha adornado mi sien; ni perlas, ni diamantes, han refulgido entre mis dedos.

La mirada ajena no se ha tornado dulce al pasar yo; mi presencia no ha turbado los corazones; cada uno a mi paso ha seguido con su odio o su amor, y ninguno ha alterado por mí su indiferencia.

La voz no ha resonado para mí ni la mano se

© Biblioteca Nacional de España

ha movido; el pie no ha corrido a mi encuentro; los ríos han seguido su curso, llevando las frondas adelante; yo he atravesado sólo la multitud, anónima para mí, como un mar o como un bosque.

Mi suerte ha sido esta noche la misma que todas las noches serenas y todas las noches tormentosas; la suerte imperturbable, bajo la clara estrella y bajo el negro rencor de los cielos: la triste suerte que nadie ha querido alterar.

Y sin embargo, yo no sé por qué esta noche una imperial alegría, más fuerte que todas las penas y que todos los temores, una alegría más fuerte que la embriaguez del vino, una alegría que parece armada de su espada y su casco, llena dichosamente mi corazón, que late ligero y animoso bajo esta púrpura inviolable.

* * *

Mi corazón se regocija esta noche de su soledad, de su suspiro o de su lágrima; mi corazón se regocija del pulcro harapo que es todo mi atavío; y esta noche lo engalana todo con una regia suntuosidad.

Todo es bello esta noche para mi corazón, que corresponde la estrella fulgente con el limpio guijarro y con la negra pupila; y con los ecos diversos, compone una acorde armonía.

Mi corazón lo halla todo grato y propicio: grata y propicia la negra fronda que la luna hace azul, el banco de piedra bajo la fronda, y en la sombra callada, el fresco olor campestre y el silencio.

© Biblioteca Nacional de España

Mi corazón lo halla todo como hecho para su deseo: el árbol florido en que el brazo se apoya, la dulce estrella a la que se vuelven los ojos y la fuente invisible, que difunde en las sombras un estremecimiento; mi corazón halla esta noche su complacencia en cada cosa.

Bajo la celeste palidez de los cielos, mi corazón posee un tesoro; por él desdeña el oro y la victoria y, sonriente, yergue un cetro pacífico.

Mi corazón posee parques floridos y deslumbrantes pedrerías; mi corazón se ciñe una corona astral, y reina como rey sobre vastos dominios.

* * *

Una inefable alegría llena todo mi ser; rara y loca alegría que no tiene razón y que no ríe; alegría de infancia, clara y luminosa, que hace de oro la vida y que no se sabe por qué viene; mágica alegría de mañana de domingo que pone el alma transparente.

Victoriosa alegría, más fuerte que el recuerdo y la pena actual y el razonar prudente; alegría dichosa que colma como un agua la cavidad del corazón y no deja lugar para otra cosa; alegría que triunfa del temor y la duda y del siniestro aviso, y como la claridad de la tarde prolonga sobre todo su rayo.

Mi corazón esta noche es en mi cuerpo leve y fragante como un ramo florido; trasciende por doquiera su perfume como una flor oculta en una estancia.

La ingenua alegría ha puesto mi corazón trasparente y encendido como un astro; como un plenilu-

© Biblioteca Nacional de España

nio que aduerme las aguas con su lumbre serena y su quieto reflejo.

El corazón ha acordado su ritmo al temblor de la fronda y al nocturno fulgor; el suave latido es lento y tranquilo, como el difuso estremecimiento que atraviesa el azul.

Mi corazón esta noche tiene quietas sus alas y cerrados sus surtidores y recogido en su concha el disperso caudal; esta noche del castillo carnal ha cerrado las puertas.

Se ha añadido a las estrellas, se ha fundido como un olor en la fragancia nocturna; como un perfume se ha desvanecido en el viento.

En la paz de la noche, nada hay que turbe su serenidad; no hay un soplo que encrespe su onda ni estremezca su llama; inmóvil está y sereno como una hoguera sobre un monte.

Por el latido sólo mi corazón existe; sólo por el latido se manifiesta su presencia; a él mismo extático sólo su latido le estremece.

Mi corazón está encantado en su onda de dicha; no siente la envidia, ni el rencor, ni el inquieto deseo; no desea más de lo que tiene en esta hora.

No desea el beso, ni la dulce palabra, ni la fiel compañía; no desea la mirada ni el ajeno contacto; del fugaz pasajero ha esquivado los ojos y ha encontrado en sí mismo su contentamiento.

Mi corazón desdeña la perla y el diamante o el ajeno corazón; sólo desea la posesión de su pro-

© Biblioteca Nacional de España

pio latido, que es como su perla siempre renovada.

Mi corazón esta noche siente la alegría de su soledad, que, como la del cielo, se adorna de brillantes estrellas; la alegría de su soledad que no turba el acceso inoportuno; en que es libre la lágrima y espontáneo el ensueño.

Mi corazón esta noche siente la alegría de poseerse a sí mismo por entero; de ser de sí mismo la espiga y la flor, y la fulgente estrella, y el bello paisaje y todas las horas; la dicha de haber puesto en sí mismo el deseo y la esperanza: de haber puesto en sí mismo su ternura difusa.

Mi corazón ha desdeñado las cosas breves y fugaces, la mano ajena que sólo un instante nos retiene; la ajena mirada que sólo un momento nos encuentra; la palabra ajena, cuya dulzura es casual; tan solo ha amado lo permanente y lo estable y lo que siempre se encuentra; en sí mismo ha encontrado la fiel compañía y el amor inalterable como la bonanza de los espejos.

En esta hora tranquila no suspira por el ausente, ni por el esquivo ni por lo que hay más allá de los ojos; no suspira por la vacuidad de sus manos; tiene en sí mismo su plenitud y su contentamiento.

Mis ojos no se inquietan por las sombras ligeras que ha turbado la luz; mis oídos, del aire no escuchan los rumores; mis oídos y mis ojos se han inclinado hacia mi corazón.

* * *

© Biblioteca Nacional de España

Una alegría inaudita, una feliz ternura mana de mi pecho, sutil y fresca como una humedad: alegría de lágrimas, clara y silenciosa que surge de la hondura hasta el párpado trémulo y hace vibrar el alma como un viento amoroso.

Como viento nocturno leve y tácito que estremece la fronda y el frágil surtidor sin quebrarlo y no turba el silencio: viento suave y blando, cuya lánguida ráfaga acaricia la frente sin alterar la cabellera.

Una dulce alegría invade el corazón, y dilata los ojos, y aquieta las manos sobre las rodillas, y pone el alma como una luz transparente en el cuerpo: alegria inexcusable, sin causa ni razón que viene de la estrella o del aura fragante y devuelve al alma su ingenua niñez.

¡Oh!, divina alegria que llegas temblorosa como un ave, ¿de dónde vienes hasta mí? ¿Por qué me trastornas de este modo? ¿Qué nueva ventura se ha agregado a mi alma? ¿Qué ventura, de que no tengo noticia?

En la sombra fragante mi corazón está dichoso; está florido de quietud y de paz; ha olvidado toda pena y todo deseo.

Mis manos han enlazado amorosas sus dedos; mis manos que han estado en otras manos tantas veces, se han recogido ahora en sí mismas; mis pies que han hollado la roca y la arena, tras la dicha engañosa, reposan ahora juntos como herma-

© Biblioteca Nacional de España

nos, sobre el césped, y mis ojos, como astros, se han alzado de las cosas terrenas.

Mi alma no desea nada en este instante; goza su vida como nueva e intacta y halla en cada cosa la dicha suficiente, y sólo quisiera poder dilatar largamente esta hora como la gasa de una bayadera.

Mi alma se arrepiente de sus peregrinaciones; de su duro vagar bajo el astro y bajo la nube; quisiera a semejanza de la perla en la claustrada no haber salido nunca de sí misma.

Se arrepiente de su sabiduría y su negra experiencia de haber ejercitado sus labios y sus ojos; quisiera haber permanecido siempre ignorante como en esta hora bendita.

Se arrepiente de sus palabras y de sus miradas; quisiera haber sido siempre ciega y muda como en este instante.

Mi alma olvida ahora todas las caras que ha visto, todas las voces que ha oído y todos los nombres que sabe; poco a poco una divina inocencia va purificando mi cuerpo de los besos recibidos y de las presiones sufridas; poco a poco mi cuerpo se va tornando alma.

Una celeste pureza y un bendito olvido va redimiendo poco a poco la liviandad pasada; poco a poco mi alma va recobrando su doncellez.

Mi alma ha sacudido de sí como un polvo el recuerdo del mundo; se ha vestido una túnica blanca y se ha ceñido de un lirio cada sien; mi alma ha plantado su vara florida en un valle de paz.

© Biblioteca Nacional de España

Ahora olvida todo lo que la atormentó; la ajena presencia que la puso pálida un instante y la huella ligera que la hizo caminar: olvida todo lo que la hizo suspirar una sola vez!

¡En esta hora tranquila mi alma se ciñe una mitra y pacifica se ciñe al cuerpo ella misma como una ráfaga de claridad!

* * *

Mi alma comprende la más alta ciencia que sólo se aprende en el claro silencio; adquiere ahora el olvido y la paz.

Mi alma halla ahora en sí misma lo que tanto buscó y descubre en sí misma otro mundo más bello.

¡Mi alma comprende ahora lo inútil de su peregrinar!, ¡mi alma quisiera haber estado siempre consigo misma, haber consumido en sí misma su perfume!

Mi alma se arrepiente de haber puesto su dicha en la veleidad de los seres, de haber arrojado sobre este torbellino su frágil corazón.

¿Quién podría quererte como tú propio? ¿Dime? ¿Quién podría querer a la flor más que el árbol?

Y mi alma comprende ahora su yerro, y a la luz de esta hora tranquila ha descubierto el camino de su corazón, y se ha dado a sí misma una lágrima como prueba de amor.

¡Oh, fronda!, ¡oh, fuente!, ¡oh, luz!

¡Qué sentimientos tan dulces infundís a mi alma!

© Biblioteca Nacional de España

¡Mi alma os da gracias conmovidas y sollozantes! quisiera daros el beso material de su gratitud.

Mi alma quisiera besar el árbol y el musgo, y la estrella lejana; quisiera poder tenerlos a todos sobre su corazón, poder hacerles una rima de oro o de incienso por haberla consolado de su desdicha, por haberla hecho olvidar su soledad y su pobreza y su pena habitual, por haberle infundido esta noche tan dulces sentimientos que le han puesto húmedos los ojos y fragante el corazón: por haber hecho llegar hasta ella esta tierna alegria, tan dulce y apacible casi como una pena.

R. CANSINOS-ASSENS.

© Biblioteca Nacional de España

LA MENSAJERA

I

Noche consolatriz.

Irguióse con un gesto lento y fatídico... con ese gesto, pesado de melancolía, que delata el íntimo cansancio del alma, sin mermar en nada las frescas energías físicas... Y desde arriba contempló largamente las cuartillas que tanto tiempo afanaron sus días.

¡Oh, qué sin fin de hojas cubrió con su nerviosa letra irregular y sensitiva! ¡Qué multitud de páginas palpitantes de vida y de dolor ordenaban sus manos ahora, para formar, delicadamente, aquel cúmulo pulcro, esmerado y único! En ellas, al vuelo de la pluma, cedió su alma. En ellas dejó fluir, fluir cual río irresistible, el anhelo íntimo, el ansia sin tregua que le enfebrecía el corazón hasta hacerle desfallecer.

Mas... ¿sabrían decir luego su mensaje esas palabras trazadas que arrancaron velos al alma pudorosa, y al corazón atribulado, al amparo de aquel suave antifaz obscuro que era su defensa y recato?... ¿Alcanzaría finalmente a

© Biblioteca Nacional de España

salvarla de toda duda?... ¿Lograrían descubrirle la senda que buscaba ella, ciega de apasionado ensueño, la senda endoselada de rosas y alfombrada de divinas estrellas, la senda de la dicha anhelada... infinita... e inefable?

Vertía la lámpara su circulito brillante sobre el montón de papeles, acariciados sin cesar por los finos dedos nerviosos. Pero aunque derrochara su claridad sobre la mesa, la pantalla, de antiguo herraje, forrada de seda carmesí, al matizar su fulgor dejaba perdidas en sombra las facciones de la esbelta joven, cuya piel tenía esa mórbida y lechosa nitidez de pétalo de magnolia, que casi siempre acompaña las cabelleras de oro rojizo y los ojos gris verdes.

—¡Al fin terminé!—murmuraron sus labios sonriendo con tristeza—. ¡Cien años parecen gravitar sobre mí, desde que di comienzo a esta pobre novela sin título ni artel...

Cuidadosamente recogió luego sobre su regazo el manuscrito terminado, meciéndole como se mece a una criatura soñolienta, con vagos arrullos, y la mirada lejana e imprecisa de quien quisiera rasgar los horizontes así y hallar presto el secreto lugar de sus recónditos deseos.

Abrazada, pues, a las cuartillas, totalmente absorto el espíritu, con paso de sonámbula llegó hasta la ventana abierta sobre el parque, y la noche, una inmensa quietud, húmeda y perfumada, se apresuró a su encuentro envolviéndola.

Fulgían las estrellas tremantes de pureza, y recamaban de oro inquieto el sombrío manto azuloso de la noche. El aire apenas estremecía el silencio inmediato, pero en lontananza columpiaba, cual rara melodía, el croar de las ranas en algún estanque y el ulular solitario y acompasado de un buho entre los álamos negros que bordeaban el río.

© Biblioteca Nacional de España

Y los ojos de la mujer, ensombrecidos de nostálgico dolor, atisbaban ansiosos sin vislumbrar sino su ilusión enamorada, reflejada en toda la umbría como en un espejo sin brillo. Y cual si naciese inesperadamente de la misma quietud nocturna su voz juvenil y candenciosa, brotó en un quedo lamento que era toda amargura y pasión.

—¡He de libertaros como a palomas mensajeras, oh desdichadas páginas del alma mía! Yo... que adoraba el silencio os revestí de palabras... Y es ahora como si me arrancase el corazón para lanzarlo al viento... Sois mi corazón, mi corazón que sangra y tiembla y desmaya. Pero le sostendrán, sin temor a nada, las alas valientes del viento. Son blandas y magníficas Ellas son fuertes e insuperables ¡Oh, alas del viento, alas divinas, impulsad con vuestra diáfana velocidad mi corazón hacia él... hacia él, por quien tan sólo vive y palpita! ¡Hacia él, alma hermosa y adorada! ¡Oh, os suplico, con lágrimas de mi alma, os suplico... llevadme a mí también! Llevadme por entre zonas bonancibles y ráfagas de tormentas, sobre las nubes y las cumbres y los mares. Llevadme a él, por quien gime mi espíritu en la soledad terrible, y mis brazos se quiebran en el vacío... Llevadme... Llevadme... ¡Oh, llevadme!...

Insensiblemente aflojó la presión de sus manos sobre el manuscrito, y las páginas se deslizaban paulatinamente. Pero cuando tendió los brazos hacia la compasión de la noche, toda la gavilla de hojas escritas cayó revoloteando a sus pies con un leve rumor de sedas que se rasgan, o de un llanto súbito, súbitamente acallado.

Y sin cuidarse de nada, sin darse cuenta de nada. embotados los sentidos en su tortura, el alma en suplicio escu-

© Biblioteca Nacional de España

driñaba los sembrados de estrellas, buscando en ellos el augurio ansiado, como en un jardín de raras floraciones, la rosa peregrina del amor.

Su nostalgia se sorbía la noche, la noche caliente y embalsamada. Por todos los poros sedientos se la sorbía: por los labios jadeantes, por las delicadas aletas estremecidas, por los ojos famélicos, enormemente abiertos, por los oídos en febril escucha. Y su corazón vibraba, sensitivo como un harpa, al sufrimiento exquisito y fatal. Sus nervios latían lastimosamente, semejando estar al descubierto. Todo su ser tornóse tenso cual cuerda de poderoso arco que lanzase su espíritu recogido al corazón de la noche, clavándole allí, saeta de dolor inconsolable.

Y era como si su plegaria ardiente e infinita, su nostalgia muda y abrasadora, abriese en la inmensa piedad nocturna un refugio para su pena, un santuario para su aflicción...

II

Las alas desplegadas.

A feliz término llevó, ella sola y secretamente, los trámites necesarios prsa la publicación de su novela.

Y ahora yacía sobre la mesa el tomo esbelto, pulcramente impreso, con su cubierta de piel azul mate engalanada con unas finas iniciales áureas, a semejanza de título y dedicatoria. Intencionadamente le vistió de oro vivo sobre un sombrío azul, como recuerdo y ofrenda de gratitud a la no-

© Biblioteca Nacional de España

che que llenó de sublims fortaleza su espíritu desmayado, y dió esperanza a su desconsuelo y calma a su locura, a su sed abrasadora.

A su libro había dedicado ella su remuneración y sus ocios de institutriz en una familia aristocrática, donde, una vez cumplidas sus obligaciones cotidianas, la dejaban enteramente sola y enteramente libre. Nadie se preocupaba de sus largas horas ni de su personalidad aislada. No pudo ser más completa ni más respetada esa soledad, favorecedora a la fruición de su espíritu tanto como a la evolución de su novela.

Y aquí estaba ya el libro. Aquí el contrato firmado por los editores; a más de éste otro documento en el cual ellos se obligaban al silencio más absoluto para que nunca fuese divulgado ni el nombre de su autora ni aquel otro que correspondía a las iniciales de oro en la tapa de color de la noche... Ya todo estaba dispuesto para esparcir sus palabras sobre un mundo falto de perspicacia, a semejanza de un *confetti* estorreado entre el cascabeleo loco de un fantástico carnaval...

Blandamente abríanse las alas del viento para conducir su ansia al pecho del amado... Ella las sentía latir y temblar de inquietud... Sentía cómo su belleza obscura abanqueaba su mente hacia el aturdimiento y le colmaba nuevamente de dudas y temores desalentados. Y se sonrojaba ingenuamente, pensando.

—¿Y qué si me lo encuentran al fin?... ¡Oh, si sobre estas alas benditas viniese él!...

Tenía que ser así. Sobre esas alas, equiparadas para el vuelo había que abandonar su corazón enamorado—cual

© Biblioteca Nacional de España

ofrenda sobre un altar—si quería lograr que a su alma de mujer alcanzara el alma compañera...

Por la grandeza de su amor, sabría esperar, noblemente, al amado, aunque el péndulo del tiempo barriese su alma desde el éxtasis al abismo del dolor desesperanzado para nuevamente posarla en las alturas de su ilusión acariciada, columpiándola sin cesar de la nada al olvido.

Ella sabría ser valerosa como las mismas alas del viento. Ella vencería el susurrar de temores secos que deseaban hacerse perceptibles en las reconditeces de su espíritu, minando su heroísmo. Sería fuerte para la tediosa espera que gasta acabando con la voluntad y la fortaleza. ¡Sería invulnerable... aunque sobre su resolución se cerniesen centurias de pardos siglos! Mantendría también desplegadas sus alas espirituales, vibrantes, prontas al vuelo, equilibradas en el vacío expectante y sin sosiego...

¡Así pensaba ella... frente a los fugaces instantes eternos, frente a la obra terminada!...

III

El vuelo.

Allá lejos, en la playa azul de una isla, en medio de inmenso Pacífico, anclaba una goleta.

De dos en dos años se le veía llegar así, con sus blancas velas tensas y tremantes ante el impulso del viento, cabalgando ligera sobre las crestas de las ondas, con la gracia de las gaviotas.

© Biblioteca Nacional de España

Venía a traerles víveres, correo y encargos a unos cuantos europeos allí dedicados al cultivo de las especias y del tabaco, del caucho y del coco. Se detenía tan solo para cargar luego aquellos productos antes de seguir su rumbo, con idéntica misión, hacia otras islitas cercanas esparcidas por el Océano, cual perlas desprendidas de algún collar roto de la diosa mar.

Después no se le vislumbraba más ni les era posible a aquellos hombres desterrados de la civilización renovar su contacto con la patria, hasta que volviera a transcurrir otro par de años.

Entre esos seres blancos había un hombre que aparentaba tener más tiempo que sus treinta años. Era ancho de hombros, rubio de rostro y cabellos. Tenía los ojos pardos como un humo obscuro, la mirada franca y resuelta. Y sin embargo, las líneas incisas junto a los finos labios flexibles, ponían en ellos un dejo inequívoco de amargura y desencanto, entristeciendo el rostro simpático.

El lote de cartas y publicaciones que le correspondía debió parecerle de escaso interés, puesto que lo dejó olvidado en la casa mientras vigilaba la carga de la goleta o charlaba con sus jefes y tripulantes. Y quedaba solo en la playa todavía cuando la goleta partió, perdiéndose en lontananza.

Las claras olas volvieron a cerrarse sobre su recuerdo. Hundióse el sol en las aguas luego, hasta tal punto rojo y candente que parecía inverosímil no las hiciese sisear, sofocadas al percibir aquel su ardor en medio de su diáfana frescura azul. Un breve tiempo siguieron sus reflejos poniendo sangre y lumbre en todas las oquedades de las olas

© Biblioteca Nacional de España

curvas, y entretejían hebras escarlata y rosa a la plateada franja de espumas. El cielo cubrióse de velos de púrpura real y violeta, obscureciéndose prontamente, y el disco de la luna, roto y blanco lució al fin en alto, sobre innúmeras estrellitas remotas e ingenuamente blancas también...

El mar, sin cesar se quejaba bajito al tropezar con la tierra y gemía, alejándose más y más. Dejaba en la bruma pedrería de las rocas, charquitos que relucían como lágrimas, y al besar las cálidas arenas, hoyuelos húmedos tal como si evocase la sonrisa de la tierra.

La luna abandonó luego el firmamento, dejando esplender a las estrellas en la negrura de la noche. Las palmeras crujían secamente, meciéndose al compás de la brisa, y el mar, retirado respiraba rumorasamente.

Y el hombre rubio permaneció todas esas largas horas inmovil junto a las rocas, con los ojos fijos hacia el punto donde vió inclinarse airosamente la goleta sobre el horizonte y deslizarse sobre la lejanía del mar, lenta y tranquila, a impulsos del viento aromado por todos los effluvios de flora y especia de aquella maravillosa región.

Miraba como si esperase verla resurgir, cual las aves marinas.

Miraba con insistencia y olvidado del mundo. Y en su faz se dibujaba una amarga nostalgia sin medida, una ternura apasionada y sin esperanza que no se podría describir... y un hambre insaciable, un fuego de deseo que asomaba como un tormento a los ojos tristes en medio de la juventud...

Llegó también la alborada, fresca y ruborosa como la mujer que torturaba su recuerdo. Y creyó oir su voz en la ju-

© Biblioteca Nacional de España

gosa brisa matutina. Y sintió la presión de su mano persuadirle a abandonar la playa que se doraba al sol e invitaba al mar que se acercara, más intensamente azul, más amoroso y seductor que nunca.

IV

El mensaje.

De retorno en su casa, hubiérase entregado por completo a la melancolía que le desgarraba el pecho con sus silenciosos quejidos... sólo que su mano descansó distraídamente en las cartas y en el paquete de revistas y libros que le enviara su librero.

Entre los libros le llamó la atención un tomo esbelto, con tapa uzul sombrío, con tres áureas iniciales largas, a guisa de título.

—Es singular—comentó para sí—. Se diría que eran mías, igual que la dedicatoria. Y es absurda esa idea. En el mundo tendrán muchas personas nombres y apellidos correspondientes a esas iniciales. Además, lo mismo puede estar dedicado a un hombre que a una mujer, porque no hay tampoco ningún indicio acerca del sexo del autor de esta narración.

Y sin embargo, atraído por la belleza de su impresión, con el solo propósito de hojear en el lindo libro, se dejó cautivar por el sencillo estilo conmovido que por momentos acrecentaba su interés.

Seguía a la niña cuya vida infeliz narraba la novela.

© Biblioteca Nacional de España

Por todos los rincones y revueltas del destino la seguía. Con ella se sonrojaba de la sorda vergüenza de su origen, obscuro fruto de un amor ilícito y monstruoso. Padecía, con su almita ingenua, todo el dolor de conocerse abandonada a la fría caridad de un hospicio, y el horror de verse reclamada por esa pareja de seres malditos que se decían ser sus padres.

Tal era verídica la manera de contar del mágico libro, que él sintió repercutir en su espíritu los sufrimientos de la pequeña, las angustias de su hambre, las del frío y toda suerte de crueldades; y el trato infame y todo el terror del frágil cuerpecito endeble, compelido a trabajos acrobáticos, a revolotear por los aires y sostener pesos superiores a sus pobrecitas fuerzas, o a lanzarse al vacío sobre la cuerda floja con ese susto en el corazón que le helaba la sangre y la volvía torpe y pusilánime en sus arrojos y tretas en aquel circo ambulante de los padres.

Con el hálito en suspensión la seguía por todas las sendas de la adolescencia, nuevamente abandonada por esos seres que ella llamaba «padres», sin poder nunca convencerse que lo eran en realidad. Y corrió con ella el peligro con que los hombres cercaban sus encantos nacientes. Y se estremecía con su misma repugnancia al verla pisar, cantando, el tablado de algún mísero cafetín. Sentía la convicción de que su inocencia, tantas veces humillada nunca se vió vencida; pero respiró aliviado al encontrarse en aquellas páginas a la «mocita vieja»—vieja y coja y de aspecto ridículo bajo sus cabellos blancos—que buscaba por el mundo almitas en pena como la de aquella niña.

Las atraía a su gran corazón maternal y tierno. Las vin-

© Biblioteca Nacional de España

culaba con lazos do amorosa gratitud. Y él hubiese querido gritar con los mismos labios de la chiquilla:

—¡Bendita seas tú, que la amparaste cuando más grande fué su apremio!—Se regocijaba con ella en los días bonancibles, en los que logró despojarse de los recuerdos indignos como se despojó de sus harapos de mendiga. Y se inclinaba con ella sobre los pupitres del colegio para saturarse de la ilustración que dan los libros, y aprendió con ella a dar suelta a los pajarillos melodiosos encerrados en su maravillosa garganta, pulida, blanca y torneada como sutilísima pilastra o el tallo de una grácil flor.

Seguíale los pasos aún, hasta encontrar en ellas la mujer espiritualmente bella y bellamente apasionada.

Pero entonces se apercibió, con un sobresalto escalofriante, que asistía a hechos íntimamente conocidos y ligados a sus más tiernos recuerdos. Tropezaba con lugares y caracteres que llevaban un nombre fingido como un transparente antifaz. Y esa revelación, cegándole con su vivísimo resplandor, le hizo comprender que escribía para él la amada que bruscamente se desvió de él. Esas iniciales le llamaban alto y por su nombre íntegro para que escuchase sus palabras conmovidas, que querían hacer luz sobre su vida ya vivida antes de que se encontraran sus corazones.

Habíanle representado a ese hombre como un ser de instintos nobles, muy caballeroso y altivo y de una rectitud inflexible, como intachable era su conducta. Ella comprobó todo eso y tuvo miedo.

Sus palabras palpitaban como un seno lacerado, y él sentía cómo sollozaba al decirle cuánto le costó separarse de su abrazo y su vida, más bien que dar lugar a verle des-

© Biblioteca Nacional de España

preciarla, porque la vida suya y su origen estaban tan apartados de esa recta línea recta que era norma para la moralidad y la virtud, a juicio suyo.

Titubeante y desnuda su alma, condújole de nuevo a aquél crepúsculo inolvidado en que su canto le había arrullado, en que reclinó la mejilla en la suya, dulce y embelesada. Y aquel gesto rudo con que él quiso arrancarle el alma por los labios, estrujándola contra su pecho, frenético y temible en su loco apasionamiento.

Ella le había repelido con una fuerza extraña, nacida de su mismo desfallecimiento. Le había afeado su conducta, y aunque le temblaba el corazón y hubiese deseado rendirse a su pasión, le había dicho frases duras, frases que no se perdonan fácilmente, que ponen un abismo entre dos amores y ensombrecen la vida toda.

Pero más valía eso..., y guardar el recuerdo puro..., que ver en el hombre amado el menosprecio ante su sórdida historia, mancillada desde la cuna... Por eso huyó del jardín..., huyó de su alcance...

Luego había recapacitado, y ante la convicción de que un amor tan grande y dolorido llega a hacerse generoso, aun en el más austero moralista, se decidió a buscarle, a contarle todo, humildemente, esperando todo de su bondad. Y porque en ninguna parte le hallaba, y porque le ansiaba con cada respiración de su vivir, y porque sólo pudo averiguar que él se había embarcado, con rumbo desconocido, en busca del olvido, ella escribió aquel cuento, anónimo y claro, para que la grandeza de su amor todo se lo perdonase...

© Biblioteca Nacional de España

Así suplicaba ella, tendiéndose hacia su misericordia... tremante y amorosa...

V

El retorno.

Y ahora, ella le esperaba en el mismo jardín que los vió separados años antes, después de la suprema violencia de aquella escena que llenó sus vidas de remordimiento.

La promesa de la dicha la había transformado. Recordaba ahora a quien le viera las palabras del amante que dijo de su amada: «De pronto se había hecho más grande su estatura..., parecía ella toda salud y leve ligereza y luz y valentía..., y pensé que andaba cual joven ciervo y se detenía cual fresno sobre la montaña...»

Mil veces leyó la carta breve en la cual le comunicaba él que una feliz casualidad había traído a la isla unos amigos en su *yacht*..., en el cual faltóle tiempo para embarcarse, para llegar a ella con la mayor presteza posible.

—Porque—acabó diciendo—he perdido tantos años de dicha fuera de tu lado, que no puedo sacrificar ni una hora más. Tu libro lo llevo sobre el corazón. Te lo llevo para que a mis iniciales enlaces las tuyas, como desde la eternidad se enlazó tu alma a la mía...

Y estaba al llegar...

CARLOTA REMFRY DE KIDD.

Agosto, 1920.

© Biblioteca Nacional de España

POETAS HISPANOAMERICANOS

NOCHE

A Juan José Llovet.

La ciudad
ha visto morir al pájaro
que la encendía
detrás de la sombra de su ala.

¡Qué bien vestida estás de negro
viuda de todas las tardes!

¡Qué bien hacen
en tu cabeza azul
los diamantes!

¡Qué bien hacen
los bomberos
Sol
en apagarte!

© Biblioteca Nacional de España

Mundos de cristal

EPITALAMIO

A León Felipe.

Puesto que puedes hablar
no me digas lo que piensas.
Tu corazón
envuelve
tu carne.

Sobre tu cuerpo desnudo
mi voz cosecha palabras.

Te traigo de Oriente el Sol
para tu anillo de Bodas.

En el lecho que espera
una rosa se desangra.

SILENCIO

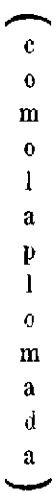
A José Bances.

El camino nublado
asciende hasta la cima
del sol.

© Biblioteca Nacional de España

Mis pasos
y el aroma
de mis primaveras muertas.

El reloj
(fuga de las horas
que caen)



tiene el dedo en la boca.

ELIODORO PRUPE.

© Biblioteca Nacional de España

Fuentes de silencio

Horas

Llegaron en sus barcas
las Horas
marineras de todas las distancias.
Miraban a mi tarde
desde los lienzos negros
las gaviotas blancas.
Las alas de mis versos
salpicadas de espuma
ceñían con sus velos
el cuerpo palpitante de las olas desnudas

Bálsamos

Unas hoces de oro
iban segando estrellas.
Vendimiador de astros
me encaramé al trapecio de la Noche
para cortar sus frutos.
El zumo del otoño
gota a gota, en mi copa
fué cayendo en silencio.
Y me bebí los bálsamos
del divino esenciero.
Vendimiaré mis ojos

© Biblioteca Nacional de España

y te daré su llanto
para que bebas mis recuerdos.

Nocturno

Noche de primavera.
Joyería de estrellas.
¿Quién ensaya un «Nocturno»
en el piano de los lagos?
Bajo la sombrilla de gasa
del plenilunio, esperaremos.
Las plumas del silencio
nos besarán los ojos entornados.
Vendrá mi Noviabrisa
sobre la blanca lira de los lirios.
Los sorbetes de fresa de sus senos
me brindarán sus dulces crestas
de seda helada.
Para bilvanar los lienzos
de mis sueños
me ofrecerá el divino
lino de los luceros.
Todo el jardín la espera y la preludia.
Los besos arden en las frondas
como frutas maduras.
¡Solo mi corazón con Noviabrisa!

ERNESTO LÓPEZ-PARRA.

© Biblioteca Nacional de España

Lirogramas

Otoño

Con su guadaña el jardinero
cortó las trenzas de las niñas.
Plenilunios marchitos
ruedan por las colinas.
La ventana al cerrarse
quebró todo el paisaje.
De nuestras manos voló la última rosa.
El viento se ha llevado
nuestros poemas amarillos
y nuestros rizos infantiles
a lo largo del mundo han formado un gran río.

JUAN LAS.

Cafard.

Casualidad perpendicular
Oh las geometrías incendiarias
Naufragan entre los arrecifes mentales
Cubiertos de líquenes viscosos
Los pulpos neuróticos
Arterias henchidas y sonoras
Verticalidad de los instintos nómadas
En la plenitud tetradimensional

© Biblioteca Nacional de España

*D*ehiscencia de la Rosa Nihilista
*E*n el jardín del cafard cenestésico

*L*a turbina dadá subvierte el
*O*céano geométrico donde sólo
*S*obrenadan las muecas verbales

*N*umeración de los balbuceos
*E*n el circo extrarradial
*U*lulan las sombras del brumario
*R*oëntgénica proyección intraobjetiva
*O*scilación de los androides mecánicos
*T*aumaturgia sensorial
*I*nfinitas luminarias rojas

Ariadna.

Galería equinocial
Noche anclada
Sombras velivolantes
En el laberinto oceánico
los hilos de mi alma
tejen una red arácnida
DEL NOVILUNIO ARBORESCENTE
SE DESGAJAN DOCE CAMPANADAS
En la noche ovípara
afloran las umbrías siderales
Y entre las nubes ateridas
la arboleda
camina

© Biblioteca Nacional de España

VERTICILOS

Floración de pomas astrales

Se iluminan sonoramente
los jardines
pendientes del horizonte
rayado por asteroidales trolleys
Psyche forma el circuito
de las trayectorias boreales

Hay una suversión planista
en las perspectivas tornátiles

Tras el arco iris inaugural
se irisa un sol de media noche

Y adviene una metarritmización
auroral

en la hélice consciente
del avión cósmico

noicaturnsnart

El simoun del nocturno
disipa los horizontes incendiados

Los panoramas viajeros afluyen
al vórtice de la red arácnida
Las naves perforan
los túneles de la atmósfera

© Biblioteca Nacional de España

Sobre los ríos emergen
las locomotoras jadeantes

Y en los rails del éter
los espíritus motorísticos
se enfloran de alas
en los ímpetus ascensionales
F a l e n a s
H é l i c e s
l o n e s
¿Qué nube ha borrado
los itinerarios?

¡He perdido la clave
del laberinto arácnido!

Mas los dedos de Ariadna
manipulan los cables zodiacales

Y su corazón magnético
deviene
la brújula del laberinto.

GUILLERMO DE TORRE.

Los versos de la vida.

I

Pasan las grandes naves en las noches dolientes
llevando el cargamento de podredumbre humana;

© Biblioteca Nacional de España

bajo las sedas se oyen rechinando los dientes;
el hermano posee la carne de la hermana.
Sobre tierras de escarnio se va la caravana
de demonios venidos de cinco continentes;
por toda senda humana se alargan las corrientes;
no les lava los ojos la luz de la mañana.
En vez del verso alado dicen la parla ruda;
la gloria de los hombres es la mujer desnuda;
la infancia de los banquillos de la cárcel se ilustra.
Tiempo de vilipendio, de terror nunca visto,
en que el Papa echa panza con el nombre de Cristo
y el mercader propaga la voz de Zarathustra.

II

Carne de las mujeres, fragante carne de oro,
hecatombe en que mueren mis dolientes sentidos;
entre mis dedos griegos sabiamente desfloro
como rosas de otoño los senos florecidos.
Amo la carne rubia más que todo el tesoro
que se encierra en las arcas de los favorecidos;
la carne me entristece, con ella sufro y lloro,
pero tras ella corro como los poseídos.
Ante un cuerpo vendido mi dolor es profundo,
pero como ellos hacen la delicia del mundo
mi pobre carne flaca arde como un carbón.
Cuando supo mi boca de la miel femenina
me alcé vibrantemente y en la loca hornacina
como un arco de sándalo tiré mi corazón.

© Biblioteca Nacional de España

III

Señor, yo soy el hombre que salió de tus manos,
hace ya muchos siglos tú me llamaste Adan;
desde entonces me arrastro con un eterno afán
y han visto maravillas mis dos ojos humanos.
Por toda tierra he visto las hermanas y hermanos
luchando a puño limpio por el lecho y el pan,
mis carnes purulentas desgajándose están,
mañana han de ser fiesta de los pardos gusanos.
Señor, yo sé que enorme fué el pecado del huerto;
la serpiente engañosa me venció y estoy cierto
que por todos los siglos mi delito he de expiar.
Pero Señor, te juro que si en la vida nueva
mis pupilas descubren los dos senos de Eva
te besaré las plantas y volveré a pecar.

IV

Mujer, por la doliente palidez de tus manos,
por tus senos egipcios, por tu perfil heleno,
en este otoño de oro fragante a rosa y heno
mi juventud te busca por senderos humanos.
Los fuegos tropicales de tus ojos paganos,
el ritmo de tu vida cadencioso y sereno,
las curvas elegantes de tus brazos cristianos
me están parlando siempre para hacerme más
(bueno.
Mi pobre reja llora la inquietud de una espera,
en mi jardín tres meses vivió la primavera

© Biblioteca Nacional de España

pero ya fatigada se alejó de mi aduar.
¡Por Dios, qué pesadumbre tienen hoy mis venta-
(nas!;
el cielo me ha negado sus blancas resolanas;
mi boca es más amarga que las aguas del mar.

V

Yo, yo mismo poseo la verdad de la vida,
ni cátedras, ni libros, ni religiones, nada
llegará a la penumbra de mi alcoba cerrada.
Yo he encontrado la ciencia de la senda escondida.
Mi huerta idolatrada me da miel encendida,
con el sol y la luna mi alma se halla saciada;
desde el silencio dulce de una casa cerrada
no hay cosa más hermosa que el dolor de la vida.
Mis sueños se desgajan en suaves gobelinos,
toda palabra mía lleva esencia de trinos,
los hombres del futuro cantarán mi canción.
Llegó Dios una noche a mi oculta pagoda,
con él fué la velada como noche de boda,
Dios se hizo ritmo y llama sobre mi corazón.

ARTURO TORRES RÍOSECO.
(Chileno.)

VERANO

Los altos hornos
pronuncian un discurso
de fervor y codicia

© Biblioteca Nacional de España

ruborizados de sí mismos
y acumulan ira
pletórica
de vehementes fulminaciones
radioactivas
  Doctores geniales
frien pescados preciosos
en las inmensas lentes
de vida propia
  Colores corrosivos
centrípetos
acumulan ígneas materias
cósmicas
sobre los centros puntuales
de las seguras abundancias
  Sonidos plásticos
ponen pomos
a los espadones ideales
  Aumentos ascensos fortificaciones
  Cantos sanguíneos musculares
  Yunques
  Hinchazones globales incendiadas
  El ancho bostezo aspirante
engulle brasas vitales
frente a los escudos duros
superpotenciales
  La opresión de todos los tiranos
es aplastante
Fogosidades lógicas consuntivas
Congestión pulmonar universal

© Biblioteca Nacional de España

Letargia colmenar

Voces antiguas de distancia
ceden trémulo abrazo
metamórfico y cordial
Y la calma interior
se torna sedentaria
como una cucúrbita
El espejo dormido
de fulgores colgantes
recoge las imágenes genealógicas
para apaciguarlas en sus cunas
de velos ricos y agujereados
La madeja dorada
de las constantes circunvoluciones
forma el anillo saturnal
de la hirviente colmena alambique
e innumerables gotas de ámbar
que lacran los envíos
encienden constelaciones eléctricas
entre las blandas carnosidades de los almohadones
Nuestras proximidades blancas incorpóreas
acendran sus crisálidas radicales
y enchufan en el gran gasómetro
los poliferos cordones umbilicales
En las cuencas mineras
los panales metálicos
sangran adobos múltiples azotados
Y en las altas canteras
sólidos mármoles jaspeados

© Biblioteca Nacional de España

hacen rigentes
las corporificaciones
de la caducidad inevitable
transformándolas
bajo la acción del gran molino tumulario
en insípida harina de camuñas
cuyo pan es consuntivo
de todo lo sustantivo
representativo
de lo vivo
Y entonces
en nuestra fórmula de calor
despejamos la incógnita
niña traviesa ingrávida
que hace nuestra motricidad avida
de saturación ácida
entre cuchillos de risas
cañaverales arrobadores
bomba aspirante impelente
germinadora educativa
pleno saber fajal
Ergo incondicionalmente
se hace la entrega antiparafernal
catalépticamente
por omniscencia

CÉSAR A. COMET.

© Biblioteca Nacional de España

EN LA CUMBRE

Realizábase mi más soñada ilusión, mi ferviente deseo. Iba a conocer al gran hombre, al privilegiado pensador de clara inteligencia, de valer inmenso, que, de la nada, había conseguido elevarse por el trabajo, por la sabiduría, por la voluntad.

Amigo de la infancia de mi padre, al venir a la Corte en busca de una posición, le había manifestado el deseo de que me guiara, me aconsejara y me protegiera. No desmintió su corazón magnánimo, ni olvidó el hondo y antiguo afecto que a mi progenitor profesara. Con sumo gusto accedía a su ruego. Mándale, había contestado, será mi predilecto discípulo, mi hijo, el báculo que me sostenga y auxilie en las postrimerías de mi valetudinaria y caduca existencia. Le guiaré, le orientaré, infundiéndole alientos para la tremenda lucha del porvenir, del nombre, de la fama, de la gloria, y en su alma juvenil despertaré energías para que triunfe en el combate. Él, en cambio, me dará el calor que me falta, el afecto que echo de menos, el cuidado de que un anciano se halla tan necesitado.

Y allá me dirigí, contando impaciente los instantes hasta hallarme en su presencia.

La morada lujosa, el confort que en toda ella se respiraba, eran desconocidos para mí, pues jamás llegaron al obscuro rincón de mi provincia, y lo contemplé admirado, sa-

© Biblioteca Nacional de España

cándome de mi abstracción unos pasos que, más que acercarse, se arrastraban penosamente.

Llegó el anciano a la habitación en que aguardaba y se arrojó en mis brazos.

—Te recibo—dijo a manera de saludo—como a un hijo que acude a calentar esta casa, a traer áuras de juventud, aromas de ilusión y energías de luchador; a este hogar, frío por la vejez del que lo habita, y triste por el pesimismo del que acaba de tenderte sus brazos.

Al hablar así, habíase dejado caer en una butaca, donde casi le depositó un criado que le daba el brazo.

Sentado, pude observarle a mi sabor. Tratábase de un anciano, pálido, demacrado, con senectud aparente, mucho más prematura que los años que contaba, sin el vigor con que aún podía contar y sin las energías que, seguramente, fué perdiendo en su vida de luchador, en su labor de titán y en su obra, llegando a la cumbre en ocasión en que no le era dado poder gozar su triunfo.

«—Bien venido seas, hijo mío!, pues como a tal desde este momento te considero. Atenderás mi vejez, refrigerarás mi hogar, serás un rayo de sol en las sombras de mi tristeza. Si, cual engañador espejuelo que atrae al pajarillo incauto, te atrae del mismo modo el rumor de admiración que llegó hasta el obscuro rincón de tu provincia, mi fama, mi nombre, la afirmación de que llegué a la cumbre, fíjate, mira en mí al anciano valetudinario, que gota a gota, jirón a jirón, día por día, fué dejando la juventud, las energías, el vigor en las arideces del camino y en las zarzas de que hallábase erizado, clavándose espinas en lo más hondo e íntimo de mi alma. Tengo un nombre ilustre; la aureola de la gloria nimba mi cabeza, en la que encanecieron los escasos cabellos que me quedan, y en cuyo rostro las arrugas son los indelebles testigos de lo intenso y sin cuartel del com-

© Biblioteca Nacional de España

bate. En mi suntuosa morada admirarás refinamientos y lujos de que, excepto una temperatura elevada, para nada me sirven. En pleno estío tirita mi cuerpo y hiela el frío mi alma. Sometido a régimen, no puedo gozar de los suculentos manjares de mi bien surtida mesa; con carruajes y automóvil, raro es el día en que mi criado puede, a empujones, entrarme en el carruaje, para contemplar la alegría de los campos, el encanto de la naturaleza y el concierto del tiempo, que tan triste resuena en mi alma.

Las mujeres hermosas me recuerdan que ante lo rudo de mi labor, lo no interrumpido de mi obra, no me dejó tiempo para el amor, y con el corazón joven aún, sería ridículo hacer gala de su lozanía ante la ilusión que se aleja y la juventud que se marchó para siempre.

¿Para qué quiero la fama? De qué me sirve la gloria, la riqueza, los honores, el nombre, y cuanta suntuosidad me rodea, si llega cuando es ya tarde para gozar de su posesión, a tanta costa adquirida?

Tal es la verdad; ese es el camino que ante ti se abre; si te seduce su perspectiva, si te encuentras con fuerza y te satisface el análogo resultado, inicia la marcha, empieza la obra, y aquí me tienes para ayudarte; mas ya sabes lo que te espera al final del camino, al término de la jornada. Si no, querido, vuelve a tu provincia; regresa a tu terruño. Goza de la vida, y que no llegue a ti el bienestar cuando no estés en condiciones de gozar de su posesión leal, honrada y legítima. »

Las palabras del grande hombre causaron tal impresión en mi ánimo, que siguiendo sus leales y sinceros consejos renuncié a la gloria, convencido de que aquello que de lejos nos seduce, nos embriaga y nos ofusca, creyéndolo grande, augusto, inmarcesible, y la total y absoluta aspiración para su afortunado poseedor, de cerca nos convencemos de

© Biblioteca Nacional de España

sus verdaderas y exactas proporciones; lo vemos entonces tal cual es, con su pequeñez, con su desconsoladora realidad, con su insignificancia, lamentando que otros, del mismo modo que nos había ocurrido, se ofusquen, se sientan atraídos, si en la lucha no perecen ya agotados ante su intensidad o arrollados ante el aluvión del excesivo número de combatientes; si vencen, al obtener la victoria llegan a ella sin ilusión, sin vigor, sin entusiasmos y sin la natural alegría para poder saborear el triunfo.

JULIO GONZÁLEZ HERNÁNDEZ.

© Biblioteca Nacional de España

EL PROFESOR EINSTEIN Y SU NUEVA TEORIA DEL UNIVERSO

Recientemente en la Sala de la Sociedad Real, en sesión común de las Sociedades Real y Astronómica, se discutieron los resultados obtenidos por los observadores ingleses con relación al eclipse total del 29 de mayo.

Sir Frank Dyson, de la Real Astronómica, expuso la obra de las expediciones enviadas respectivamente a Sobral, en el Brasil septentrional, y a la isla del Príncipe, hacia el oeste de la costa africana. En ambos lugares, si el tiempo fuera propio, el día del eclipse sería posible tomar una serie de fotografías del sol eclipsado y de cierto número de estrellas situadas en su inmediata vecindad. El objeto propuesto era el de investigar si la luz de esas estrellas, pasando cerca del sol venía directamente a nosotros como si aquél no estuviese allí o si se producía una desviación debida a su presencia, y en ese caso, qué amplitud alcanzaba.

Produciéndose la desviación, las estrellas aparecían en la placa fotográfica a una distancia apreciable de sus posicio-

© Biblioteca Nacional de España

nes teóricas. Dyson describió al pormenor el aparato utilizado, las correcciones que diferentes factores hicieron necesarias, y los métodos mediante los cuales comparáronse las posiciones reales y teóricas. Y convenció a la asamblea de que los resultados eran decisivos y concluyentes.

Una desviación tuvo lugar, y las medidas mostraron que la amplitud de ella concordaba con la proporción teórica prevista por Einstein, y no con la mitad de la misma, cantidad que dimanaría de los principios de Newton. Es interesante recordar que Sir Oliver Lodge, hablando en la real institución, el mes de febrero último, aventuróse a formular una predicción. Dudaba que fuese observada una desviación; pero pensaba que si se producía sería según las leyes de Newton y no las de Einstein.

Hasta aquí el asunto era claro; pero cuando se entabló la discusión, se evidenció que el interés científico residía más en las consecuencias que en las observaciones mismas. El propio presidente de la Sociedad Real, declarando que acababa de escuchar «uno de los enunciados más extraordinarios si no el más extraordinario del entendimiento humano», tuvo que agregar que no había conseguido fijar en términos claros lo que era realmente la teoría de Einstein.

No obstante, admitióse que Einstein, basado en su teoría, había hecho tres predicciones: la primera, relativa a la revolución del planeta Mercurio, había sido comprobada. La segunda, respecto a la existencia y el grado de desviación de la luz cuando atraviesa la esfera de influencia del sol, estaba justificada. En cuanto a la existencia de influencia del sol, estaba ahora justificada. En cuanto a la tercera, que dependía de observaciones espectroscópicas, sub-

© Biblioteca Nacional de España

sistía la duda. Pero el orador estaba persuadido de que era preciso actualmente contar con la teoría de Einstein y modificar completamente la noción que tenemas del espacio.

De una manera general puede exponerse la teoría del espacio, como sigue: los principios newtonianos admiten qua el espacio es invariable; que, por ejemplo, los tres ángulos de un triángulo valen y deben valer siempre dos ángulos rectos. Pero tales principios se apoyan en la observación de que los ángulos de un triángulo equivalen a dos rectos y y que un círculo es verdaderamente circular. Mas existen ciertos hechos físicos que parecen arrojar una duda acerca de la universalidad de semejantes observaciones, e inducen a pensar que el espacio puede sufrir en determinadas circunstancias, por ejemplo, bajo la influencia de la gravitación, una deformación, una ligera dislocación, que obraría tanto sobre el fenómeno medido como sobre los instrumentos de mensura. La doctrina de Einstein afirma que las cualidades del espacio consideradas hasta ahora como absolutas, dependen de las circunstancias. Deduce de su teoría que en ciertos casos, medidas actuales sobre la luz mostrarían los efectos de esa contracción en un grado que podría predecirse y calcularse. Sus vaticinios han sido verificados en dos o tres casos; pero queda en pie la cuestión de saber si la verificación prueba la teoría de la que ella ha sido deducida.

Desde Euclides hasta Kepler, de Kepler a Isaac Newton, se nos ha llevado a creer en la inmutabilidad de ciertas leyes fundamentales del universo. El centro de un círculo ha estado siempre a igual distancia de todos los puntos de la circunferencia. La suma de los ángulos de cualquier trián-

© Biblioteca Nacional de España

gulo ha valido siempre dos rectas. Y sobre tales creencias se han fundado la práctica y la filosofía. La teoría de la luz y la concepción de la organización solar y planetaria se apoyaban sobre ellas. Ahora, según el presidente de la Sociedad Real, que discutía las observaciones hechas con ocasión del eclipse solar del mes de mayo último, «ha ocurrido uno de los acontecimientos más grandes, quizás el más grande de la historia del espíritu humano» y debemos cambiar nuestra concepción del orden del Universo. En último análisis, la teoría de las superficies invariables en el espacio dependía de la observación. Cuando se medían ángulos y círculos, ajustábanse a la teoría, proporcionalmente a la precisión de los instrumentos empleados. Mas surgieron ciertos casos sumamente difíciles respecto a los cuales la doctrina parecía no convenir a la práctica, y así una serie de delicadas medidas y de cálculos condujeron progresivamente a un nuevo aspecto del problema, cuya más completa expresión dió Ninstein, profesor de Física en la Universidad alemana de Praga.

Según Einstein, las *dimensiones* del espacio *no son* absolutas, sino relativas y variables. Las alteraciones han pasado inadvertidas, porque, cuando el espacio se deforma y un círculo, supongamos, se convierte en una elipse, los instrumentos que lo miden sufren igualmente deformación. Pero existen determinados casos en que debe ser posible observar y medir el efecto de tal deformación. Aplicando esta teoría a la luz, pronosticó que la órbita oval del planeta mercurio, en el punto más próximo al Sol, cambiaría más rápidamente que lo admitido por la antigua teoría. Sus predicciones han resultado exactas. Luego predijo que los

© Biblioteca Nacional de España

rayos luminosos procedentes de las estrellas, al pasar cerca del Sol, en dirección a nosotros, sufrirían una desviación doble de la que justificara el principio de Newton. Las expediciones inglesas a Sobral, en el Norte del Brasil, y a la isla del Príncipe, proponíanse observar el eclipse solar del mes de mayo pasado a fin de estudiar esta segunda predicción, y todos están de acuerdo en declarar que la han probado y verificado. Un tercer vaticinio de Einstein continúa dudoso. Mas créese ya que es necesario formular una nueva Filosofía del Universo, filosofía que barrerá casi todos los axiomas físicos hasta ahora admitidos.

* * *

Cuando Einstein, el profesor israelita, se atrevió a aparecer con sus ideas nuevas sobre la teoría del Universo, hubo muchos que sonrieron irónicamente. Los estudiantes de Alemania, durante una conferencia que debió dar en una de las Universidades hablando de su teoría, que contradice a la de Newton, le silbaron gritando: «¡Abajo el judío Einstein!»

Sábese que el Gobierno de Holanda invitó hace unos días al profesor Einstein para que dictara conferencias en una de las Universidades del país, creando una cátedra especial para él.

En el artículo que reproducimos se demuestra la verdad de la teoría de Einstein, que destruye completamente todo lo que hasta hoy se creía exacto y matemático.

© Biblioteca Nacional de España

Con la nueva teoría quedan explicados ciertos hechos extraños que observaban los sabios, que no se atrevían a dudar de las grandes verdades sentadas por el genio de la Astronomía.

(De *La Revista de Francia*.)

© Biblioteca Nacional de España

ENSAYOS SENTIMENTALES

COHETE DE BENGALA

A la memoria de un aviador que no tuvo nombre.

Llegó torvo Desengaño, tras Seducción, y desfloró a Inocencia.

Vino agosto transformando la cosecha en oro y ascendía Vejez de su parábola el punto culminante cuando el ánima al fin se despidió regando—ya de noche...—un haz de luces deslumbrante!

De la tierra sobre la faz, muy remotas como en el vientre de un inmenso bajel aéreo, parpadearon un instante millones de miradas—regio manto poblado de chispas diminutas—encendidas al rapaz leve-vuelo del asombro.

NOCTURNO DE MAYO

Eres, carita linda, teoría del dolor supremo, que obediente al secreto de la gota de agua labras tu nicho en la roca de mi memoria, mientras duermo y guarecido atisbo entre

© Biblioteca Nacional de España

sueños cómo la lluvia engalana atronadora o apaciblemente a la campiña fértil, para que el sol, al nacer, nos regale la vista y por allí se nos entre rielando en plena alma y se renueve la alegría fecunda del vivir.

MACEDONIO GARZA
(Mejicano.)

París, 1920.

© Biblioteca Nacional de España

Iniciaciones ejemplares

IV

Cervantes, poeta

La erudición literaria cuenta entre los dorados anales de la retórica castellana con la excelsa figura cervantina, madre de tantas otras famosas e inmortales que llenaron de espiritual relieve la sabia ideología de la raza. Incontables y dispersas inteligencias han sentido la hispana obsesión de rendir sus plumas ante el habla gloriosa del gran escritor.

Ilustres varones desentrañaron mil graciosos aspectos episódicos, siempre acrecentados y revestidos de eruditas novedades, de la pintoresca vida cervantina y comentado los múltiples méritos del alto ingenio castellano. Justo es recordar en nuestros días tales aseveraciones biobibliográficas, por loable reconocimiento a tan prolija labor y tan sinceros homenajes como se le dedicaron siglo tras siglo, desde aquél en que el apergaminado hidalgo verificara su primera salida a la clara luz del alba, en el alba del espíritu. Pero séanos también lícita una importante referencia a las cualidades poéticas del peregrino ingenio, tal vez injustamente desdeñadas por sus contemporáneos y de cuya transmisible

© Biblioteca Nacional de España

exención hanse hecho eco cronológicamente casi todos los comentadores, muchos de ellos con cierta doméstica terquedad bien burguesa y manifiesta hasta en importunas citas.

Que Cervantes era poco o nada poeta, que sus versos acusaban cierta inferioridad poética, que eran hasta mediocres, hemoslo leído y oído decir a seres relativamente autorizados, con bastante indisculpable indiferencia Se ha repetido en unas cuantas efímeras apreciaciones en que muy a la ligera y pasajeramente se lo negaba el lírico estro. Tratemos, pues, ahora de reivindicarlo en la posible medida de lo justo, desenmohecicndo algunos de sus versos, que, como la acerada pluma de Cide Hamete, bien pueden estar tocados de algún herrumbroso orín, sin que nadie la mueva de la inmortalizada espetera bengalí, porque ingenuamente creemos no son de envidiable calidad a los de Garcilaso, sino producidos en tan gran medida, a los que parecían hermanarse en impalpables inspiraciones de endechadas corrientes cristalinas; ni a los del armónico Herrera, de vieja humanidad clásica; ni a los de Meléndez Valdés, sencillos como flores silvestres; ni a algunos de Góngora y Calderón, de chispeante malicia y alegre jácara, como veremos.

La hispana tierra, pródiga de ingenios, es madre de los más grandes y universales poetas, no muy malquista con su hijo Miguel. El espíritu universal de Shakespeare es quizá toda Inglaterra; pero España es Cervantes y Lope y Calderón y Quevedo, todos tan geniales y todos tan distintos; la musa romántica, triste y errante de Cervantes, la celestial inspiración de Lope, la lira épica de D. Pedro, el brujo talismán de D. Francisco de Quevedo, sobre cuyos excelsos atributos vibraba acorde y diversa la raza en universales armonías de eterna sirena de los mundos.

© Biblioteca Nacional de España

En verdad que si no nos causaba mucho asombro se le negara a Cervantes como poeta, era porque ya apuntaban en el espíritu las primeras canas del escepticismo acerca de los prejuicios ajenos, y no ignorábamos lo muy humano que se ha hecho ese sentimiento cicatero de regatear condiciones al mérito en ostentosamente vanos provechos. Y ya bien dijo el sutil Valera que «el crédito que una persona adquiere de hábil en cualquier oficio suele estorbar, y a veces hace imposible que la celebren o aplaudan por otra habilidad, aptitud o merecimiento...» Así tan cierto es lo no muy holgado de alabanzas que anda el género humano para servirse de las cosas del mundo, que hasta tratándose del mismo Cervantes se demuestra bien claramente tan poco hidalga parvedad.

Sin embargo, y no precisamente por ir río arriba en esa corriente de comentarios de un vulgo murmurador de suyo, creemos que los grandes genios gozan de cierta ubicuidad indudable a despecho de mil profanos taimaduelos. No sólo, pues, vamos a afirmar que Cervantes era buen poeta, piensen como quieran adversarios y detractores, ni a especificar un tanto qué suerte de más o menos recónditas relaciones le unían con las musas, sino que transcribiremos versos suyos que creemos notoriamente inspirados.

Un ilustre diplomático americano aseguraba que el poeta es un ser que sabe hacer todo lo que los demás, y además... versos. Creemos que Cervantes se hallaba en este casi desesperado trance. Tan gran hombre de acción, que como un genio de la pluma y de la espada supo trazar el formidable discurso de las armas y de las letras, no olvidó en otro tan hechicero, aunque menos renombrado, su página descriptiva de la «doncella poesía», por la que en pleno Quijote y ya metidos de lleno en el libro celebérrimo pasa en alto, er-

© Biblioteca Nacional de España

guida y arrogante como una bandera, la quijotesca lanza inmemorial...

* * *

En toda la obra cervantina, dulce y castizo evangelio de las picaresca, la mística, el ingenio y la poesía de un siglo y de una raza, lucen las perlas poéticas de la resplandeciente inspiración que quisiéramos acertar a engarzar definitivamente en singular doxología, resistiéndonos a creer que no fuese poeta quien pintaba la vida realista con los más vivos colores de la paleta humana, elevándonos en muchos pasajes a las grandes cumbres de la fantasía y de la inspiración. Su centellante prosa, maestra, amena y castellana, la hemos visto sembrada de poesía, habiéndonos parecido más de una vez que sobre ella, como sobre el campo manchego lucían las estrelladas noches silenciosas en claros versos, como vagos murmullos de armonías distantes.

Escribió bellos versos Cervantes, aunque abrumado por el contemporáneo juicio y con la natural medida de su humilde grandeza, tan peculiar en él, viérase sugestionado de algún abatimiento por la ajena estimación y llegara a apesadumbrarse melancólicamente:

> Que yo soy un poeta de esta hechura,
> cisne en las canas y en la voz un ronco
> y negro cuervo, sin que el tiempo pueda
> desbastar de mi ingenio el duro tronco.

Decían los antiguos que sólo el verso era el lenguaje de los dioses, y aunque Cervantes no lo trabajó como un dios desde las internas luchas de su espíritu, sino por domar el

© Biblioteca Nacional de España

«rebelde, mezquino, idioma» que le era tan especialmente sumiso, al menos por encerrar en él tanta poesía como se le escapaba a raudales de los puntos de la pluma, reconoceremos que los hizo como un perfecto iniciado en el arte poético de los retóricos ritos, quedando obligados a desechar la fácil declaración de mal y achirlado poeta en que abiertamente se ha incurrido.

El viaje al Parnaso, lleno de amables alusiones, flúidas sátiras y risueñas quimeras, sobre el que se desliza una ligera ironía como la caricia de un hada, es digno de un alto poeta y resucita en alguna manera el clásico recuerdo de la Epístola a los Pisones del venerable Horacio. Claro que Cervantes no poseía como muchos poetas modernos y modernistas ningún recetario de formularias versificaciones, ni tampoco, por otro lado, podría comparársele en el afiligranado refinamiento a un Rioja, sin que por eso sus versos fueran trozos de arte menor ante el *Quijote*, pues compartían ya la galanura del rutilante Garcilaso, ya el eglógico misticismo de Fray Luis, ya el gracejo urbano de Góngora y a veces la bucólica paz virgiliana.

En vez de someterse a los más estéticos caprichos de las musas, prefería obtener de ellas más graciosos favores para regalarnos luego la imaginación con el amable regocijo y la cómica aventura. En él todo hacíase episódico, lírico, menudo, detallado en su grandeza. Era un buen poeta lírico. ¿Cabe, aparte sus versos, mayor lirismo dentro de la humana literatura al de su divina ironía prendida espiritualmente entre el llanto y la risa que fluyen como una vena de oro y sangre por el libro magnífico? Y ese como entrañable zumo de lágrimas que humedece poéticamente la parte más personal de *Galatea*, *La gitanilla*, *El Persiles*, delicados ramilletes que sólo podían ser arrancados del escondido jardín lírico.

© Biblioteca Nacional de España

Sus pastores traen a la memoria los de Garcilaso, así como la pintura que hace ora en prosa, ora en verso de rústicos lugares, sencillas miserias y pobres costumbres, evoca el acertado poder descriptivo de algunas poesías en Góngora y Balthasar de Alcázar. Veamos de muestra el siguiente romanzuelo de *La entretenida*, en que por boca de Miguel habla la gente del pueblo, cómo no desdice nada de otros, debidos al prudente Góngora, y cómo en nuestros días, bajo la positiva égida del sindicalismo, tiene una actualidad bien inmediata:

Tristes de las mozas
a quien trujo el cielo
por causas ajenas
a servir a dueños
que entre mil no salen
cuatro apenas buenos,
que los más son torpes
y de antojos feos.
Ajenas ofensas
pagan sus cabellos,
oyen sus oídos
siempre vituperios.
parece la casa
un confuso infierno
que los celos siempre
fueron vocingleros.
La tierna fregona,
con silencio y miedo,
para sus desdichas
malogra requiebros,
porque jamás llega
a felice puerto
su cargada nave

© Biblioteca Nacional de España

de malos empleos;
pero ya que falte
este detrimento,
sobran los del alma
que no tienen cuento.
Ven acá, suciona,
dónde está el pañuelo.
La escoba le hurtaron
y un plato pequeño.
Buen salario ganas,
dél pagarme pienso
porque despabiles
los ojos y el seso,
vas y nunca vuelves
y tienes bureo
con Sancho en la calle
con Miguel, con Pedro.
Otra vez repito,
con cansado aliento,
con lágrimas tristes
y suspiros tiernos,
triste la moza
a quien trujo el cielo
por causas ajenas, etc.
. . . . . .

No es creíble se le pueda achacar a Cervantes, espléndido de fantasía y de pródiga descriptiva, ramplonería ni vaguedad alguna en su métrica, si bien por su fatigosa odisea de hombre de acción, soldado y poeta, a las veces no luciera las envidiables galas y gloriosas libertades de Lope y Calderón, acercándose más por los inquebrantables motivos de su realismo genial a los saladísimos pasos en que resaltara Lope de Rueda y a las picarescas invectivas de Rojas.

© Biblioteca Nacional de España

Poseía Cervantes rara habilidad madrigalesca, de que no andaba desprovisto en romances, coplas y canciones, diseminados aquí y allá, y apartaba de sí la vulgar enemicicia de sus alarbes con su fluyente inspiración, digna de la oda pindárica. Cierto convencimiento de su fecundidad inagotable autoriza a suponerle generoso, desprendido y despreocupado de multitud de composiciones suyas, acaso perdidas e inéditas y de las que cualquier otro poeta—un Quintana, un Nicasio Gallego—se hubieran cuidado más. Si existe alguna flojedad narrativa en los versos del inimitable escritor o cualquier otro leve achacamiento, deberáse a que más los viviera que los pergeñara, lo que no obvia para que se le niegue alta condición de poeta y se le expulse por mero prurito de singularidad de los altos montes del Parnaso español.

Lope, era inspiradísimo, Calderón, lo más épico; Quevedo, sabio y culto. Pero la musa de Cervantes, por más humana, traíale más atareado y entretenido, olvidadiza del olímpico abolengo de sus hermanas. Aquéllos dirían escribieron fuera del tiempo; pero Cervantes, cristiano, poeta y caballero, «con las ansias de la muerte», tenía por superiores características adaptables a las fáciles costumbres de la época «llaneza, muchacho, llaneza...», la sinceridad y la ternura, sentimiento poético, dulce y tranquilo como su alma, por lo que sus versos inclinábanse más de la aflicción que del regocijo:

Dulce esperanza mía,
que rompiendo imposibles y malezas
sigues firme la vida,
que tú misma te finges y aderezas,
no te desmaye el verte
a cada paso junto al de tu muerte

© Biblioteca Nacional de España

.. ..
Que amor sus glorias venda
caras, es gran razón y es trato justo,
pues no hay más rica prenda
que la que se quilata por su gusto,
y es cosa manifiesta
que no es de estima lo que poco cuesta
....

Hay aquí la alada y rítmica dulzura de los buenos poetas, como hay calderoniana semejanza en el romance de Alímuzel en el *Gallardo Español:*

Escuchadme los de Orán,
caballeros y soldados...

Otro de los trozos más importantes que a las claras demuestran su épica expresividad galana y flúida, su castellana marcialidad, patriótica bizarría y bélica arrogancia, es el de la—bastante larga, y para cuya resplandeciente acción evocadora, sin que desmaye ni decaiga, se necesita verdadero *temperamento* de poeta—epístola que dirigiera a Mateo Vázquez, secretario de Felipe II, pintándole, entre otras cosas, la gloriosa jornada de Lepanto:

.....
No fué la causa aquí de mi venida
andar vagando por el mundo acaso
con la vergüenza y la razón perdida.
Diez años ha que tiendo y mudo el paso,
en servicio del gran Filipo nuestro,
ya con descanso, ya cansado y laso.
Y en el dichoso día que siniestro
tanto fué el hado a la enemiga armada,

© Biblioteca Nacional de España

cuanto a la nuestra favorable y diestro,
de temor y de esfuerzo acompañada
presente estuvo mi persona al hecho,
más de esperanza que de hierro armada.
Vi el formado escuadrón roto y deshecho,
y de bárbara gente y de cristiana,
rojo en mil partes de Neptuno el lecho;
la muerte airada, con su furia insana,
aquí y allí con priesa discurriendo,
mostrándose a quien tarda, a quien temprana,
el sol confuso, el espantable estruendo,
los gestos de los tristes miserables
que entre el fuego y el agua iban muriendo;
los profundos suspiros miserables
que los heridos pechos despedían,
maldiciendo sus hados detestables.
. . . . . .
Á esta dulce sazón, yo triste estaba
con la una mano de la espada asida,
y sangre de la otra derramaba;
el pecho mío, de profunda herida
sentía llagado, y la siniestra mano
estaba por mil partes ya rompida,
Pero el contento fué tan soberano,
que a mi alma llegó, viendo vencido,
el crudo pueblo infiel por el cristiano,
que no echaba de ver si estaba herido,
aunque era tan mortal mi sentimiento
que a veces me quitó todo el sentido.
. . . . . .

Pasó aquella edad, pero quedaron para siempre, como dioses del Arte, Lope, el «monstruo de la Naturaleza»; Calderón, a quien pudiera ofrecérsele el trono de Emperador de la épica castellana; Quevedo, con el cetro de Miner-

© Biblioteca Nacional de España

va, y Cervantes, que ostenta el incomparable Principado del Ingenio. Suyos son también estos versos, que restituirémosle, musitándolos en su memoria de maltratado poeta:

¡Oh, santa edad, por nuestro mal pasada,
a quien nuestros antiguos le pusieron
el dulce nombre de la edad dorada.....

ANGEL SUÁREZ.

© Biblioteca Nacional de España

Páginas Hispano-israelitas

SIONISMO

Dios en Sión es grande y ensalzado sobr etodos los pueblos. (Exódo.)

La manifestación más entusiasta del pueblo hebreo es la palabra Sión, que representa el nombre de una de las colinas que rodean la ciudad de Jerusalén.

Esta famosísima colina, situada al Oeste de la ciudad santa, fué conquistada por el rey David en la segunda mitad del siglo XI, antes de la Era Cristiana.

Sión es la expresión más terminante que el mundo entero acepta como propiedad de la nación que ha sido elegida entre los demás pueblos de la tierra para exhibir la pureza del reflejo de Dios en todo el universo.

Esta rotunda afirmación, hecha por cualquier otra raza, sería calificada como la mayor de las impiedades. Los judíos han afirmado y siguen afirmando, sin que nadie les contradiga, que Sión es el único lugar en el mundo donde el Dios de Israel, que lo es de todo

© Biblioteca Nacional de España

el universo, resplandece con toda su perfecta omnipotencia.

Jamás los judíos han tenido un Dios especial, no; el Dios de Israel es el Dios de toda la humanidad. El templo que el rey Salomón consagró a Dios en Jerusalén fué también el templo de la humanidad.

Estos días se está celebrando en Londres el más nutrido Congreso sionista que jamás se ha conocido. En él toman parte las figuras más sobresalientes de la política inglesa y multitud de delegados judíos llegados de todos los ámbitos del globo a dicha capital.

El rey de Inglaterra, en su extenso mensaje al alto Comisario en Palestina, entre otras cosas referentes a los judíos, dice lo siguiente: «Ya sabéis que las naciones aliadas y asociadas han acordado asegurar gradualmente el establecimiento de los judíos en la tierra santa. Esta medida no afectará a las demás creencias ni a la prosperidad de la población de Palestina.»

El sionismo no es una nueva fórmula, no; es la más genuina aspiración de un pueblo que dió religión y moral a todas las criaturas del globo.

Hay que leer la historia del pueblo elegido a través de sus terribles vicisitudes para comprender y precisar lo que esta mágica palabra significa.

La historia de Israel es la de un oso de combate, atacado por los perros de todas las naciones: éstos lo han mordido y destrozado; pero no han podido acabar con su presa.

El sionismo es hoy una cuestión de trascendental importancia internacional, cesando, por consiguiente,

© Biblioteca Nacional de España

de ser un deseo judaico. Para el Cristianismo es la vuelta del pueblo de Israel a la tierra prometida y el cumplimiento de las profecías bíblicas.

Para la Gran Bretaña es la solución de un problema enojoso, entendiéndose que Inglaterra jamás conquistó Palestina para anexionársela a su vastísimo imperio, no, como tampoco podía entregársela a Francia. Tampoco puede dársela al nuevo estado de Siria, porque sería una constante amenaza para Egipto.

Sólo el sionismo puede libertar al imperio inglés de un rarísimo dilema, dándole la oportunidad de demostrar una generosidad digna de su grandeza y de completo acuerdo con las jamás desmentidas tradiciones de su pueblo.

Los ingleses pueden decir con orgullo: «Si la Palestina y los hebreos no existieran, habría necesidad de crearlos.»

* * *

He dicho que por unánime voluntad del pueblo inglés, Palestina será muy pronto un Estado eminentemente jaudaico. Confirma este aserto el último discurso pronunciado en el seno de la última Conferencia Sionista por el coronel Wedgwaod, jefe del partido laborista de la Gran Bretaña, que, como es sabido, representa el mayor empuje de la opinión política de Inglaterra.

«Nada de preocupaciones, nada de fanatismos —dijo—. El mundo debe comprender, hoy más que nunca, que el nombre *judío* ya no es una palabra fal-

© Biblioteca Nacional de España

samente considerada como degradante ante los ojos de los mal llamados religiosos, no; es el título de una raza que ha sabido, como ninguna otra, sufrir la injustificada inquina de pueblos sumidos en el más negro fanatismo y en la incapacidad de comprender las excelentes dotes del pueblo de Israel.

Pueblo ha habido—siguió diciendo—que después de que los judíos ayudáronles, como excelentes patriotas, a vencer al enemigo, sacrificando vidas y haciendas, por no querer reconocerles estas grandes virtudes los expulsaron del hogar nativo, lanzándolos a la merced de bárbaros fanáticos para que la ingratitud apareciese como una virtud religiosa.

A la Gran Bretaña le ha sido reservado el poder de desagraviar a ese admirable pueblo, que todo buen inglés respeta y elogia, reintegrándole sin trabas su patrio hogar: Palestina.»

La Conferencia Sionista que acaba de terminar en Londres ha sido un verdadero Congreso, tanto por la misión que tenía que desempeñar, como por el número de delegados que en él tomaron parte. Sesenta federaciones sionistas estuvieron representadas en dicho Congreso. Puede decirse con satisfacción que el nivel intelectual de los delegados estuvo a la altura de su gran misión. La Asamblea parecía tener verdadera conciencia de las grandes responsabilidades, únicas en estos momentos de la historia judaica, de la labor que le había sido confiada.

Una de las delegaciones que más llamó la atención fué la de los Estados Unidos, compuesta de cuarenta

© Biblioteca Nacional de España

delegados y presidida por el renombrado Juez, monsieur Brandeis, del Supremo de América. Este Juez, que goza de gran popularidad, este gran jurisconsulto, es uno de los más fervientes sionistas que al pronunciar sus primeras palabras se captó la más afectuosa simpatía de todos los delegados. Entre otras cosas interesantísimas, dijo: «Hemos traído con nosotros los planos relativos a toda nuestra actividad. El tiempo de pronunciar brillantes discursos ha pasado. Tenemos conciencia plena de que son hombres de gran energía y actividad lo que necesitamos.

La Dirección Sionista que fué creada para la propaganda y organización, ya no tiene razón de existir. Necesitamos una Dirección de especialistas y técnicos para la reconstrucción de nuestra amada patria, y los encontraremos.»

Otra nota profundamente simpática de la Asamblea fué un telegrama de M. Lloyd George, jefe del Gobierno inglés, dirigido al doctor Weizmann, presidente de la misma, que dice así: «Envío mis más sinceras felicitaciones a la primera Conferencia Sionista que se celebra después de la gran guerra, para que sea un hecho la restitución de Palestina al pueblo hebreo. Tengo plena confianza de que el pueblo de Israel sabrá desplegar todas sus cualidades de energía y de determinación, al mismo tiempo que de tolerancia necesarias para sus conciudadanos de Palestina. Creo firmemente que el pueblo hebreo aportará una vez más su contribución bienhechora al progreso de la humanidad.»

© Biblioteca Nacional de España

El local donde la Asamblea Sionista se reunió puede decirse que es uno de los más amplios y suntuosos del mundo, pues contiene 12.000 asientos; hasta las escaleras del edificio estaban ocupadas, ofreciendo un grandioso y pintoresco espectáculo, pues los delegados asistieron ataviados con los típicos trajes de cada país.

Por iniciativa de los delegados franceses los representantes de las Federaciones francesa, belga, holandesa, egipcia, española, griega y otras muchas, fueron invitados a una recepción en el suntuoso Savon Hôtel. Después de cambiar impresiones los señores Max Nordau y el catedrático de la Universidad Central, Dr. Yahuda, hicieron uso de la palabra, decidiendo la formación de un grupo de acción parlamentaria en el seno de la Conferencia. Este grupo, que se compondrá de cuarenta delegados, será presidido por el Dr. Max Nordau.

Por votación unánime se llegó al acuerdo de la organización y regularización de la emigración a Palestina. Una Comisión permanente, compuesta de distinguidas personalidades, establecerá en Palestina «La Central de Emigación Judaica».

Otra de las interesantes resoluciones de la Asamblea fué el votar un crédito de *cien mil libras esterlinas* para que en este año empiece a funcionar la Universidad de Jerusalén. Uno de los votantes de este importante crédito fué el gran Rabino de Londres, quien en grandilocuentes palabras, dijo: «Recuerdo a ustedes que hace diecisiete siglos, grandes figuras del

© Biblioteca Nacional de España

judaísmo dijeron que la reconstrución de Palestina está basada en cuatro principios: el estudio, la verdad, la justicia y la paz. Tengo la seguridad de que así será. Las puertas de la igualdad y de la justicia están abiertas. La hora solemne ha sonado; todo judío que ayude a la reconstrucción de Palestina, construirá para sí mismo y para los suyos.»

JOSÉ FORACHE

Asociación sionista

El 1.° de elul 5680 (15 agosto), se fundó en Tánger una Sociedad de carácter puramente sionista, denominada *Bene-Syon*.

Esta entidad cuenta con un programa muy interesante. En primer lugar se propone organizar conferencias en una sinagoga de la localidad acerca del tema del sionismo y judaísmo universal; además el Comité cuenta con profesores hebreos para enseñar gratuitamente dicha lengua, el español y el francés. Cuenta también con un grupo de señoritas distinguidas de la localidad que forman la Comisión de fiestas.

El Comité de la Sociedad *Bene-Syon* está constituído por las siguientes personalidades:

Presidente honorario: D. Hilario Benoliel.
Presidenta honoraria: Srta. Celeste M. Benarrosh.
Presidente activo: D. Jacob M. Elbaz.
Presidenta activa: Srta. Messodh Maudy.
Vicepresidente: D. José D. Bensadon.

© Biblioteca Nacional de España

Vicepresidenta: Srta. Mazaltoy Assor.
Secretario general: D. Isaac Maudy.
Secretaria general: Srta. Sara Serruya.
Secretario adjunto: D. José Schocron.
Inspector general: D. Arón J. Assor.
Tesorero: D. Bension S. M. Benarrosh.
Vocales: D. Jacob J. Assor, D. León Sibony, don Arón M. Pinto, D. Isaac Laredo, D. Arón R. Pinto y D. Moisés Marrache.

© Biblioteca Nacional de España

SOLILOQUIO

Paseando, con tristeza grande y en compañía tan sólo de los recuerdos de un pasado venturoso, ya muy lejano, nos sorprendió el atardecer de un día, entre las tibias sombras de la arboleda del que fué en otro tiempo sitio Real de la Moncloa...

¿Momento?... El supremo instante en que al morir el resplandor del día se esconde el sol tras el último celaje, que hace al paisaje cambiar de aspecto súbitamente, poniendo en precipitada fuga el enjambre humano, que momentos antes plácidamente gozaba del frescor de tan ameno paraje y huye luego de la escarcha fría que pregona ya la otoñada próxima.

Así la escena, y aunque hermosa la tierra, nuestra inquieta fantasía nos indujo a mirar al cielo, y allá se fueron nuestros ojos mirando sobre el opulento follaje con miradas de amor puro y sincero, pretendiendo descubrir en aquella inmensidad al que dispuso tan brillantes dones. ¿Qué espíritu, de no estar dormido, no siente alguna impensada hora el dulce arrullo de la poesía?... Mirábamos con insistencia, porfiadamente, al azul del cielo, donde antes brillaba el sol, preguntándonos: Si aquí en la tierra, debajo de tan espléndido astro, todas las obras que por los hombres se hacen es vanidad y aflicción de espíritu, ¿sucederá lo pro-

© Biblioteca Nacional de España

pio tras esa orbe diáfana que rodea al raquítico y miserable astro en que vivimos?...

... Ya la tristeza cambió de modo de ser, ya no hay tristes, el soñador de cosas altas, grandes e inmensas ya no existe; a tiempos nuevos, nuevas tristezas, atorméntanse los hombres a sí propios, recorremos nuestro calvario asistidos por el orgullo, la impiedad y los malos deseos, *no sabemos subir al cielo*, y sin fe y sin valor y sin energías, la desesperación, consecuencia lógica de nuestra miserable pequeñez, abruma nuestro pensamiento con un profundo dolor.

Pero esto no es nuevo, aunque lo supongamos así. *¿Qué es lo que fué? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará.* Nada hay nuevo debajo del sol...

¿Hay en el mundo algo, cosa alguna, de la que se pueda decir: he aquí, esto es nuevo?... Lo fué ya, en los siglos que nos han precedido; lo que sucede, es que no hay memoria de lo que sucedió, como tampoco la habrá de lo que sucederá en los que sean después.

Trabajamos, trabaja el sabio y trabaja el necio, y el resultado y producto de nuestra actividad lo dejamos a otros que vendrán después, sin obtener de nuestros afanes y trabajo mas que sufrimientos, penas y desengaños, donando casi siempre nuestra hacienda a seres que nunca trabajaron en ella... Esto también es vanidad y soberbia... Produciendo además nuestro esfuerzo y nuestras buenas obras un movimiento de envidia, casi siempre, a nuestro prójimo.

Todo lo que existe bajo el sol tiene *su tiempo* y *su sazón*... Tiempo de nacer y tiempo de morir, tiempo de reir y tiempo de llorar, tiempo de amar y tiempo de aborrecer, tiempo de paz y tiempo de guerra, tiempo... así, hasta el

© Biblioteca Nacional de España

infinito... Todo lo hizo Dios hermoso en su tiempo: aquello que fué, ya es, y lo que ha de ser, también fué ya. . Felices los que murieron, pues no verán las violencias que se hacen debajo del sol, sin que las lágrimas de los oprimidos encuentren mano cariñosa que las enjugue y consuele, encontrando tan sólo debajo del astro Rey, amparo, fortuna, amistad, gloria y... ¡los opresores!, en cuya mano está la fuerza, siendo en el día ésta, la *razón suprema*.

¿Qué fué de vosotras, alegrías de mi alma? ¿En dónde estáis, que ya el dolor obscurece mi pensamiento?.. Ilusiones y esperanzas, ¿cómo huisteis, ahora que el dolor más duro que nunca penetra en mi dolorido corazón, y el alma triste, muda y medrosa desfallece?... Mas idos en paz. ¡Quién sabe si no es justo castigo a la vanidad y aflicción de mi espíritu vuestra ausencia!...

Como sucedió a otros, me sucederá también a mí; ¿para qué, pues, he trabajado y luchado hasta ahora?... Por vanidad tan sólo, pues ni del necio ni del sabio habrá recuerdo para siempre; pues en los próximos días, en los días venideros, todo será olvidado, morirá también el sabio como morirá el necio... Aborrezco, pues, la vida; pues la vida que se hace debajo del sol es vanidad, todo es aflicción de espíritu...

.....

EDUARDO MARÍA SEGOVIA.

Septiembre, 1920.

© Biblioteca Nacional de España

ARTES PLÁSTICAS

Artistas españoles contemporáneos

Por Ballesteros de Martos.—Prólogo de José Francés. Editorial *Mundo Latino*.—Madrid, 1920.

He aquí, lector, un gran libro en materia de Arte, llamado a ocupar lugar preeminente entre todas las publicaciones españolas de divulgación crítica.

Artistas españoles contemporáneos viene a llenar un gran vacío en las publicaciones de Arte español, en las que apenas si existen juicios críticos sinceros sobre nuestro desarrollo y progreso artísticos contemporáneos.

La obra del Sr. Ballesteros llevaba implícita gran serie de dificultades, porque resulta, en verdad, arduo y escabroso el juicio imparcial y entusiasta que se haga de los valores artísticos de actualidad, en lo que precisa un apartamiento grande de vulgares corrientes, de falsos éxitos, de aparentes triunfos que muchas veces se consiguen con el compadrazgo y la parcialidad, o con el mal gusto y la ignorancia, vicios y defectos tan arraigados en España.

Este libro, tras un erudito y razonado prólogo del ilus-

© Biblioteca Nacional de España

tre crítico de Arte y novelista José Francés, bosqueja la historia artística contemporánea de cada una de las Bellas Artes, con especialidad la pintura, y hace consideraciones acertadísimas, juicios imparciales y peritos, y observa el curso y desarrollo del Arte en su concomitancia con los tiempos y países, todo tan atinadamente, que coloca a su autor en el lugar que tuviera una profunda y reconocida autoridad en la materia.

Después de inquirir las orientaciones de la pintura y la escultura actuales en España, entra de lleno en el estudio de la obra de los principales artistas jóvenes que luchan por regenerar el Arte, tan sometido aún a prejuicios y arcaísmos.

Y así, tras de ponderar brevemente la obra de Sorolla, Zuloaga y Anglada—la triada de las más altas cumbres del genio pictórico en España, que tienen tendencias iconoclastas y renovadoras—viene en estudiar la labor de esos otros maestros—algunos incomprendidos en sus méritos—que se llaman Viladrich, los Zubiaurre, Alvarez de Sotomayor, López Mezquita, Hermoso, Pinazo, Beltrán, Llorens, Winthuysen, Bello Piñeiro, Ruiz e Iturrino en la Pintura, e Inurria, Julio Antonio, Macho e Higueras en la Escultura.

En estos estudios campea la imparcialidad y el buen sentido. En todos se elogia lo digno de ello, y se censura, parcamente, lo amanerado y anacrónico. Y estos estudios críticos, sobrios en cuanto al personalismo, enérgicos en los principios, se encuentran amenos, porque en ellos se sahuman bellas narraciones de la policroma gama de emociones y escenas de la vida de estos héroes del arte, casi todos

© Biblioteca Nacional de España

verdaderos luchadores contra el medio inhábil en que predominan, como notas características, la incomprensión y la falta de premio, y en el que es tan difícil conseguir y tan meritorio lograr el asentar el reconocimiento de la personalidad, fin individual a que debe dirigir sus miras el artista para ennoblecer y hacer progresar el Arte.

* * *

Todos los estudios que de nuestros ilustres artistas en este libro se hacen nos parecen justos. En todos se deja ver el merecido aplauso a la noble labor, así como la ingenua censura a los reflejos de academicismo y demás defectos que algunos en determinadas manifestaciones conservan. Y esa ecuanimidad en el juzgar campea en la crítica de todos los artistas mencionados, lo mismo para el austero catalán, los refinados hermanos vascos, el reposado ferrolano, el laureado granadino, el entusiasta extremeño, el ilustre valenciano, el sensual cubano, el paisajista coruñés, el sevillano «pintor de los jardines», el seijense pintor de Galicia, el místico andaluz y el poco conocido bilbaíno, que para el profundo cordobés, el malogrado tarraconense, el palentino genial y el modesto jaenés.

De todos esos estudios individuales cuatro hay que nos encantan sobremanera: son los dedicados a Eugenio Hermoso, Cristóbal Ruiz, Julio Antonio y Victorio Macho. Estos son, a nuestra manera de ver, los mejores y los que constituyen rotundos y claros modelos de expresión.

El estudio de la obra de Hermoso es un bello canto a la modestia y a la humildad tutelar, que no es óbice para que alumbre prodigiosos genios que llegan por su propio va-

© Biblioteca Nacional de España

limiento a la cúspide de la celebridad. El caso del artista extremeño es tal vez el más notable capaz de presentarse, en que se funden el entusiasmo y la inspiración juvenil, la pobreza de medios materiales con que desarrollar las dotes artísticas. ¡Y qué hermoso es pensar en toda una serie de inconvenientes, de escaseces, de oposiciones que el artista sufrió hasta lograr lo necesario para abrirse paso! ¡Y qué hermoso y admirable para él y para sus deudos—así como para todos los que apreciamos el verdadero valer ajeno a terrenos intereses—evocar aquellos tiempos no lejanos en que el que había de ser gloria del arte estaba convertido, a la sazón, en un chico sin instrucción, hijo de un humilde jornalero pueblerino, a quien ayudaba en sus rudos trabajos agrícolas!

Tratando de la obra de Cristóbal Ruiz se ve la labor de un místico de la pictórica; pero un místico que no coarta la libre expresión de la manifestación artística, sino que se complace en presentar los temas más sobrios y sencillos, los paisajes más escuetos y desnudos: esos temas que a nosotros tanto nos gustan para hacernos ver en ellos toda la fuerza y el realismo todo artístico de la Naturaleza. Y a este respecto nada podremos decir nosotros que en hermosas observaciones no nos diga el autor del libro.

De Julio Antonio trata admirablemente, descubriendo toda una vida de perpetuo combate del héroe contra la sociedad presente en España imperante, que con sus venalidades y sus nepotismos hace que se presente un caso como éste de que muera minado por la enfermedad que produce la obscuridad y la ignorancia, un genio portentoso como el de Julio Antonio, víctima de las escaseces y los desempe-

© Biblioteca Nacional de España

ños, de la falta de tributo merecido por un coloso del sentimiento como este insigne, poco ha de la vida arrebatado. Aquí, al hablar de este escultor, no podemos por menos de reflexionar en el significado de aquel pasaje de su vida que nos refiere Ballesteros, cuando el malogrado artista, acompañado por su hermano espiritual el pintor, también catalán, Viladrich, recorrían pobres e ignorados los pueblos de nuestra España para ir adquiriendo el conocimiento pleno del alma de la raza en esos tipos fuertes, inconfundibles de los esclavos del *agro*, de los habitantes del terreno, a la vez que contemplando el tesoro artístico de cuadros y monumentos antiguos, disperso en pueblos y capitales. Nos referimos a cuando llegaron, rendidos de caminar a pie, ante la vetusta Pamplona, cuando gritaron y exclamaron aquellas gentes, devotas de la religión en su falso concepto, que vieron las abluciones higiénicas de nuestros artistas en la fuente a la hora en que la aurora despuntaba por Oriente; y las mismas que luego, al irreverente pero desintencionado ruido de los mismos, cuando descansando en la Catedral, a hora de oficios litúrgicos se durmieron—careciendo de otro albergue—, les persiguieron y arrojaron de la ciudad con una nube de piedras, a ellos, ¡a dos insignes artistas carentes de medios para realizar su obra! ¡A Julio Antonio, uno de ellos, el escultor del alma castellana, que pasaba o ignorado o despreciado por la masa estulta y cretina de la población, que sólo cuando hubo de morir se supo apreciar la labor excelsa del insigne escultor, labor que con ser grande sólo constituía las ofrendas incipientes de un coloso en los comienzos de sus facultades!

El otro estudio que nos agrada sobremanera es el de la

© Biblioteca Nacional de España

obra de Victorio Macho, artista que, a no dudar, ostenta hoy el cetro de la escultórica española, por la espiritualidad de su estilo y lo distintivo de su personalidad en sentir y crear algo supremo en el ideal de la raza, y del que hay que esperar mucho más dada su juventud. En lugar tan preeminente le colocan, a nuestro juicio, obras como la del monumento a Galdós y el del doctor Llorente, de que es autor.

* * *

Para finalizar vamos a transcribir algunos párrafos del libro que ponderamos, fragmentos que nosotros substituímos como expresiones hermanas de otras que nosotros tenemos proclamadas como expresiones de nuestro ideario. Unas son juicios atinadísimos sobre los grandes genios del arte; otras, consideraciones del verdadero gusto que debe existir en materias de estética, y las demás tienen amplio y exquisito significado en el acervo de consideraciones y doctrina de la filosofía de la vida en su amplia manifestación.

Veamos algunas líneas que nosotros tenemos subrayadas en el libro:

—«Goya, que ha sido el pintor más grande de todos los tiempos.»

—«... lo único plausible, lo único perdurable en el arte es la manifestación espontánea del temperamento.»

—«... los tres genios de la pintura universal: Teotocópuli, Velázquez y Goya.»

—«El arte es otra religión que tiene por dios la Belleza y por apóstol el Sentimiento, y no puede, sin apostatar, sin

© Biblioteca Nacional de España

declarar su muerte, renunciar a su credo, cuyas bases son la libertad y la independencia. ¿No fué el Renacimiento un grito subversivo que reclamó para el arte esa libertad e independencia negadas por el catolicismo?»

— «En el mundo no hay mas que un privilegio: el del talento, y éste no es patrimonio de nadie, nadie goza su exclusiva.»

—«Italia, la inmortal tierra que con España comparte el cetro del Arte.»

—«Axioma del Arte: renovarse o morir.»

—«La Naturaleza, como mujer pudorosa, no se desnuda ni muestra sus encantos a los que van a ella como simples curiosos; únicamente se entrega a aquéllos que la han rendido antes su alma, a aquéllos que dieron reiteradas pruebas de su amor y su lealtad. No los concupiscentes, los caprichosos y los vanos, sino los verdaderos amantes, los devotos, los limpios de corazón son sus elegidos.»

—«Las cataratas del Niágara son imponentes, a no dudar; pero, ¿acaso un campo en barbecho, inundado de Sol, bajo un cielo impoluto de intenso añil, no es emocionante? Los bosques de árboles centenarios, cuyas frondosidades tejen caprichosas techumbres de follaje, son, sin disputa, de grandiosa belleza; pero, ¿acaso no es emocionante un olivo polvoriento en una quebrada, o un pino gentil en medio de una llanura atezada? Un río que sigue su curso entre márgenes pintorescas es, ciertamente, hermoso; pero ¿qué decir del langor de un atardecer en que allá, muy lejos, cerrando el horizonte, unos montes de ensueño adquieren tonalidades violetas y anaranjadas?»

—«... El Arte no se hace nunca para los demás: se hace

© Biblioteca Nacional de España

siempre para el propio artista; pues en cuanto éste se preocupa de la opinión ajena y trata de adaptarse a ella, deja de ser artista para convertirse en artesano o en mercader.»

—«El cerebro de ninguna manera puede ser el creador del Arte: tiene que ser forzosamente el sentimiento. Si el cerebro interviene en la creación artística, no será nunca como factor esencial, sino como elemento secundario, como tónico.»

—«... Galdós intelectual, lleno de bondad y de misticismo, pero de un misticismo diferente al religioso; un misticismo pagano, humano; un misticismo que no es simplicidad moral ni perturbación del sistema nervioso; un misticismo que es amor a la humanidad, disculpa de sus errores y perversidades, compasión de sus miserias y dolores y deseo de mejorarla.»

ANGEL DOTOR

(De *El Día*, de Toledo.) Agosto, 1920.

© Biblioteca Nacional de España

GALERIA CRITICA DE POETAS DEL ULTRA

Guillermo de Torre.

Como una antena vertical en los agros de la avanzada literaria, según él mismo gusta simbolizarse, se nos aparece, en efecto, este interesantísimo poeta y vigía eréctil, poseído de un inexhaurible nomadismo mental. Henchido de gérmenes deveniristas, precursores de proteicas evoluciones, y acordando su paso al ritmo aviónico de sus cerebraciones insurrectas, surge en la ribera ultraica de la literatura novísima Guillermo de Torre y Ballesteros, caracterizado ya como poeta ultraista, prosador impecable y vertical, creador de un viril estilismo energético y crítico mayéutico de Nueva Estética.

Al constatar la edad de este intrépido literato madrileño —que roza la curva prometedora de los veinte años—asombra la fecunda trayectoria de su espíritu a través de las florestas inespaciales, desentrañando los frutos inmáculos. Desde los quince años, su sed insaciable de más allá le impulsa a superar todos los hitos limítrofes y a evolucionar

© Biblioteca Nacional de España

dinámicamente, ávido de perspectivas originales. Él mismo nos lo revela en unas bellas líneas sinceras: «Dentro de este lustro consciente de mi vida, he cumplido más de cinco avatares transmigratorios y funambulescos, y he evolucionado «rizando el rizo», superando el vértigo de los «hangars» siderales, y ensayando raros aterrizajes sobre los polos antípodas del intelecto velivolante... Ansío todo, todo lo he disipado jovialmente, y aunque permanezco en el umbral, tengo la previdencia del último vértice, padeciendo una mental voracidad, paradójicamente simultánea a una mueca desdeñosa e incrédula, y a un inmaturo hastío que me hace mirar, en la euforia nihilista, como algo marchito todo lo aún quizás fragante...»

Sólo estas palabras nos revelan ya suficientemente la calidad admirable de este escritor impar, extrarradial y nihilista, antitético de toda la cohorte de poetas frivolizantes y prosistas panúrgicos, avenidos con las secuencias ritualistas. Es Guillermo de Torre, por consiguiente, la iniciación de un nuevo tipo de intelectual descubridor y argonáutico, en nuestros agros de Iberia, tan hostiles a la aceptación de nuevas figuras, y donde tan enraizadamente penetran los tradicionalismos insolventes. Así se explica que, en lugar de alentar y conceder una alta valoración a los espíritus nuevos, de arriesgada originalidad—como aun en el radio exiguo de minorías selectas sucede en el extranjero—, aboliendo los «pasticheurs» anacrónicos, aquí imperen esos cadáveres vivientes, y se envuelva, por el contrario, en una acerba conspiración silenciosa, los esfuerzos púgiles y las voces subversivas de los lucíferos audaces, que alzan la antorcha de su modernidad. (El caso de un Cansinos-Assens,

© Biblioteca Nacional de España

artista puro, densamente original e inclaudicable—que en *El divino fracaso* ha tamizado el dolor de la incomprensión asesina—martirizado con sus libros inéditos durante quince años, mientras aparecían tantas estulticias; y el de un estridente Ramón Gómez de la Serna—para citar los dos ejemplos más próximos, destacados en nuestra reducida y selecta tabla de valores vivientes—imprimiendo, editando y regalando por sí mismo, durante diez años, sus iniciales libros personalísimos, son claramente representativos de la opacidad de nuestra atmósfera literaria y del imperio de los saurios conformistas y viscosos.)

De ahí que Guillermo de Torre se nos aparezca como un temperamento ingénitamente original, excepcionalmente dotado, y con una fisionomía inaudita en el área española, destinado por ello quizás a hallar su aclimatación en otras latitudes, en donde de haber nacido tendría ya una prestigiosa categoría y la seguridad de irradiar su obra germinal. No obstante, Torre está decidido a avanzar arrostradamente en su ruta enespacial, entre la comprensión dilecta de unos y las hipócritas censuras de otros, seguros de que aquello que más le reprochan es lo que constituye su intransferible *Yo*, la clave de su afirmativa originalidad.

Rasgo liminarmente característico en la personalidad de Guillermo de Torre es su amor representativo a las ciudades multánimes, donde sitúa sus concepciones porvenieristas, por encima de la vida trivialmente arcádica de los pueblos-ubres de lirismo delicuescente./Su alto espíritu vivificante y optimistamente energético matiza la potencialidad verbal de sus cantos con el ritmo contemporáneo de trepidaciones maquinísticas, acordes aviónicos, bocinazos, gritos

© Biblioteca Nacional de España

lisiados, férreas sonoridades, silbidos fabriles, metálicos campaneos y toda la yankee decoración polifónica de un trepidante paisaje urbano. Este desdén a los pueblos y su efectivo desplazamiento hacia las ciudades de vida tentacular y multitudinarias perspectivas, asume fervorosas irisaciones de canto dionysíaco en el espasmo hipervitalista y a través de los sacudimientos energéticos del Verbo. De ahí que su lirismo posea la conmoción eléctrica de miles de watios. Y de que Torre exalte en temáticas teorizaciones —señalamos sus prosas *Apoteosis de los carteles* e *Itinerario noviespacial del paisaje*—las perspectivas plurales vibracionistas, no ocultando su epigónica admiración por Whitman, Verhaeren, Marinetti, Pound, Sandburg, Wolfenstein y Cendrars, iniciadores de un lirismo auténtico, cósmico y muscular.

Este joven escritor—el novio oficial de mademoiselle *Dadá*, como él mismo se iluminó humorísticamente en el interesante *Album de retratos* que publica la revista *Grecia*—enlaza directamente con todos los precursores de la estética reconstructiva básicamente modernos. Toda la exaltación maquinística de sus poemas, toda la amplia saturación de galvanizante dinamismo de sus prosas, tienen su gesto augural en las estéticas futuristas. Así todas las bellas audacias de los poemas marinettianos y cendrarsianos encuentran su repercusión, más peculiares aportaciones de imaginismo vital, en los libros de Guillermo de Torre. Y las imágenes de sus poemas tienen un aviónico sonido porvenirista en la cinemática estructuración cubista, cuyas innovaciones tipográficas—creadoras de un valor lírico visual por encima del auditivo, como decía Apollinaire—ha

© Biblioteca Nacional de España

prolongado del mismo modo que las creacionistas, con la entronización de la imagen múltiple y dinámica.

La intimal inquietud y la disconformidad de Guillermo de Torre con el viciado ambiente pseudoliterario español, dentro del cual debe sentirse extranjero, ha sido la causa de su desplazamiento espiritual hacia otras juventudes vanguardistas; y este ávido contacto con los escritores avanzados de la literatura mundial, se señala en su ruta literaria por numerosas y oportunas traducciones de Apollinaire, Reverdy, Tzara, Picabia, Huidobro, Marinetti, Dessy, Salmon, Cocteau, Dermée, Cendrars, Morand, Souppault, etcétera, y por heptacrómicos arcos triunfales de sugestivos estudios críticos de esas figuras cardinales, que forman, en unión de otras, su libro inédito *Antología crítica de la novísima lírica francesa*.

Revelando su potencialidad creadora y la órbita de su espíritu poliédrico, tiene Guillermo de Torre, próximos a aparecer—cuando el obtuso industrialismo del ambiente editorial, salvo leves excepciones, limitado a satisfacer los instintos afrodisíacos y banales de un público indiferente y procaz, rompa la cuerda que sostiene tenso el arco de su espinazo, y vuelva la vista a una minoría de lectores, de indudable buen gusto y sagaz penetrabilidad mental—los siguientes libros originales: *La hélice del Zodíaco*, selección de poemas, versicolario, aviogramas, palabras en libertad; *El Lucífero*, prosas alquímicas y politemáticas; *Hermeneusis y sugerencias*, síntesis de teorizaciones estéticas y normas ideológicas, que con la indicada *Antología crítica* y un álbum de poemas, en francés y español, *Danses de la couleur*, con ilustraciones órficas de mada-

© Biblioteca Nacional de España

me Sonia Delaunay-Terk, constituyen un índice valioso de su personalidad eclatante.

Guillermo de Torre—que con Eugenio Montes constituye la extrema izquierda del grupo ultraico—fué el primer intuitivo ultraísta, y como tal lo reconoció Cansinos-Assens, matizando, sin embargo, su meteórico vislumbramiento con finas ironías; pues en un artículo publicado en *La Correspondencia de España*, en noviembre de 1916, ilumina ya su audaz perfil heterodoxo, señalándolo como epígono de Ramón Gómez de la Serna, al constatar los barroquismos líricos y los conceptistas dédalos verbales en que entonces se intrincaba De Torre. Ya en 1917, éste, solitario y rebelde, impulsaba fragmentariamente—en una maravillosa previdencia—desde las páginas de Revistas varias —*Los Quijotes* y *Los Ciegos*, de Madrid; *Paraninfo*, de Zaragoza; *Atenea*, de Valencia, y *Nosotros*, de Valladolid—, la intención superadora del ultraísmo, signando por ello muchas de sus composiciones con el título de *Prosas o poesías ultraístas*, sin infundir a este título genérico el propósito deliberado y transcendente de formar escuela. Cuando a últimos de 1918 llega de París a Madrid Vicente Huidobro, trayéndonos en su valija diplomática—que dijo Cansinos—el creacionismo, Guillermo forma, en unión de Mauricio Bacarisse y Alfredo de Villalián, la cohorte de sus íntimos, siendo de los primeros en comprender, amar y difundir sus paradigmas creacionistas.

En diciembre de 1918, Cansinos-Assens pronuncia la palabra *Ultra*, no con propósito egolátrico, vanidoso y absorbente, como los míopes envidiosos propalaron malévolamente, sino en un gesto de generosidad espiritual, y como

© Biblioteca Nacional de España

lema distintivo de un grupo de poetas jóvenes, radicales y post-modernistas. Guillermo de Torre nos da cuenta de su ingreso en esta tendencia—que ya aisladamente cultivaba con lumínica intuición—en algunos párrafos pertenecientes a un *rapport* informativo que ha enviado a Gómez de la Serna para su libro *El cubismo y todos los ismos*: «A fines de 1918, tras extinguirse la humareda del último obús, Cansinos Assens, deseando cultivar la semilla lanzada por Huidobro, y sobre todo, aprovechando las anticipaciones heterodoxas de algunos ya destacados entre nosotros, me anunció su propósito de formar una pléyade de literatos vanguardistas, aboliendo toda la bisutería poética vigente y propulsando una firme tendencia de superación indeterminada, bajo el nombre genérico de *Ultra*, dentro de la cual irían luego surgiendo las individuales y características direcciones específicas. Yo entonces le recordé mis anticipaciones, y cómo era necesario seleccionar los nombres antes de arrostrarse. Después, y por no haber recibido previo aviso, experimenté asombro al leer en varios periódicos madrileños un manifiesto anunciando la aparición del ultraísmo y ver mi nombre entre los que lo suscribían. Tuve la videncia de una precipitación y de una confusión indudables, y no obstante, no estimé oportuno rectificar por no causar una defección a Cansinos, y preferí aceptar el riesgo de los equívocos a cambio del impulso confraternal que en el grupo pudiese hallar.»

Guillermo de Torre, que con anterioridad a cualquier otro evolucionó en arriesgados virajes aviónicos sobre todos los novísimos panoramas literarios—recordemos que no es sólo el aclimatador del cubismo literario, destacándose tam-

© Biblioteca Nacional de España

bién como el primer importador de *Dadá*, pues hace no más que un año, cuando esta modalidad era completamente desconocida en España y aun en París, él ya irradiaba hasta Zurich, en comunicación anténica con Tzara y Picabia—no necesitó de las iniciales y persuasivas teorizaciones cansinianas, como otros del grupo ultraico, para alcanzar sus módulos vibracionistas, que ya captara con anterioridad. Su interferencia ideológica con Huidobro, su desplazamiento hacia todas las literaturas de vanguardia y su cultura básicamente contemporánea, han bastado para que se sintiera «en posesión de la clave comprensiva del cubismo, y oriéntase hacia este arte noviestructural y hacia sus panoramas hiperdimensionales toda su simpatía creatriz y hermenéutica». Así, pues, en una sincera valoración debemos sostener que Torre, con anterioridad a la constitución del grupo ultraísta y a la llegada del creacionismo, había ya logrado sus plasmaciones poemáticas y sus previdentes conceptos del Ultra.

En 1919, desde las páginas de CERVANTES, comienza a exteriorizar su potentísima labor ultraica, publicando, entre otros originales, una prosa, *El peligroso silenciario*, y varios poemas: *Versiculario ultraísta*, *Canto dinámico* y el primer *Aviograma*. Escritos en 1917 y 18 son, sin embargo, de una perfecta ideología ultraica y plenamente acabados de forma—pareciendo imposible que su estilo alcanzase entonces ya los arquitecturales refinamientos y la potencial plenitud que hoy tiene—, viniendo a confirmar nuestras anteriores palabras, y dando a Guillermo de Torre una prioridad temporal con respecto a los demás del grupo. A mediados del 19 empieza a escalonar en *Grecia* sus polifacélicos poemas, habiéndose abstenido de colaborar an-

© Biblioteca Nacional de España

tes hasta la total metamórfosis de esta Revista. Este vibrátil escritor, que quiere para su tendencia una hermética pureza y una radical delimitación, se declara a fines de 1919 —forzado a ello por la continua admisión en el Ultra de adolescentes indocumentados y rezagados tardíos—«cubista integral y ultraísta tangencial por afinidad a ciertas figuras y matices de este movimiento». Estas palabras de mirífica diafanidad fueron erróneamente interpretadas por algún estrábico exégeta circunstancial, y dieron origen a un ligero revuelo y a la falsa creencia de la deserción de Guillermo de Torre de nuestro grupo. Mas el tiempo ha desvanecido todos los errores, y Guillermo continúa incorporado a esta pléyade, hoy ya totalmente seleccionada y de un valor afirmativo al haberse eliminado los elementos impuros.

Dentro del recinto ultraico, Guillermo de Torre aparece erguido y solitario, con una irradiante personalidad inconfundible. Su influencia se ha diversificado rápidamente. (¿Por qué ocultar el ascendiente de mi estilo?) Recordemos estas estrofas de su *Versiculario*, que tantas extravasaciones han tenido después en otros prosélitos: *Por sobre el oceano ácueo bogan brazos alados, al flanco de los torsos adolescentes. Sus torsos gemmados de estrellas puntúan el horizonte esdrújulo. Y por entre el cradriculado de los hilos telefónicos se columpian los amantes libertarios. En las azules glorietas, niños inmaturos enrollan en sus dedos los hilos de los aviones. ¡Y núbiles andróginos manipulan los interruptores de las estrellas vesperales! En las bóvedas craneales insurgentes de los transeuntes rebeliosos florece un trolley que enlaza su alma a la luna corniveleta. Los pungentes anhelos supe-*

© Biblioteca Nacional de España

radores de los discóbolos ultraístas cristalizan en arcos voltáicos.

En ninguno de sus hermanos de tendencia han tenido una aceptación tan plena y vital, con prolongaciones sugerentes, las *Mots en liberté futuristes*, de Marinetti, y los *Calligrammes*, de Apollinaire, como en este escritor dinámico y muscular, caracterizado también como pugilista polémico. Su disconformidad con los criterios de los eunucos le han mantenido siempre pulcramente al margen de los muestrarios baratos, donde triunfa la pseudo literatura circulante. Y en una fecunda labor literaria se desplaza hoy ávido y tentacular en múltiples Revistas selectas de avanzada, como *Grecia*, CERVANTES y *Cosmópolis*, de Madrid; *L'Esprit Nouveau*, *Projecteur*, *Cannibale* y *Les Lettres Parisiennes*, de París, y *Poesía* y *Dinamo*, en Italia.

En la estética de este gran poeta ultraísta—que tiene en Whitman, Apollinaire y Marinetti sus ascendientes evolutivos—destacan como antenas señeras un barroquismo atlántico—cuya progenie, en un estudio sobre Bacarisse, él fué el primero en reivindicar, iluminando el maelstrom energético derivado de Mach, Otswald y Kelvin—y un peculiar estilismo de nuevo cuño, y de exultadora ritmización verticalista. En sus poemas y en sus prosas más características, publicadas hasta hoy—recordemos, cotejándolas, su *Epiceyo a Apollinaire* y su exaltación de Thérèse Wilms—, se hermanan una reciedumbre léxica y una delicadeza emotiva, en el conjunto fragante y energético. Su espíritu vibra helicoidalmente, devanando los laberintos barrocos y perforando las perspectivas inéditas. De ahí que en su poliedrismo noviestructural nos sea imposible carac-

© Biblioteca Nacional de España

terizar su efigie con un adjetivo limítrofe. Y paralelamente al sector futurista de su obra podríamos señalar ideaciones cubistas, imaginismos creacionistas y aun acrobacias dadaizantes. La aviónica psiquis velivolante de Torre se emproa nordestalmente hacia todos los horizontes del Arte Nuevo. Una lancinante inquietud de agotar los itinerarios le ha llevado a desflorar las auroras polipétalas de las estéticas enedimensionales. Así las más sagaces interpretaciones críticas y las más calurosas apologías de las nuevas direcciones intelectuales y pictóricas, tan tímida e indocumentadamente afrontadas por otros, han sido exaltadas por Guillermo de Torre, trazando una estela de consanguíneos matices hermenéuticos.

En toda su obra hay una vital predilección hacia los panoramas vibracionistas, y sus poemas, construídos en una atrayente ultravertebración tipográfica, tienen una muscular vibración, sugeridora de todo el férreo vibrar de bielas, correas, engranajes, ruedas, poleas y todo el siderúrgico fragor peculiarizante de las maquinarias modernas, cuyo encanto estético ha sido hallado por los iniciales futuristas, y cuyas prolongaciones temáticas han encarnado en el cubismo fabril de Léger, y en el mecanicismo abstracto de Picabia. Y no es que Torre comparta las ingenuas topificaciones marinettianas de otros, sino que acepta los postulados esenciales del futurismo como algo básico en su ideología, dando una proyección *actualista* a todas esas alegorías flotantes, de nueva categoría estética, que la civilización occidental aporta al Arte auténticamente contemporáneo.

He aquí un sugerente mosaico simultaneísta de sus apo-

© Biblioteca Nacional de España

tegmas directivos: «Obsesión giróvaga. Espasmos de polarización dinámica. Visión multiédrica de los horizontes rasgados e insurrectos, en la yuxtaposición de las perspectivas planistas paróxicas. Parpadeo ciliar de los arcos voltaicos sobre los racimos multitudinarios. Cristalización de la salutífera obsesión vetustófoba. Dehiscencia de la Rosa polipétala que simboliza mi avidez noviespacial y mis ansias filoneístas. Vibracionismo cinemático. Simultaneísmo estético-accional. Eclosión plenisolar. Mutación de las fragantes perspectivas noviestructurales. Verbalización abstracta...»

Guillermo de Torre se nos revela en su crepitante orto floreal, henchido de dones únicos y situado en el vértice irradiante, en la confluencia triangular de la novísima planimetría estética. ¿Qué influencias prevalecerán en él, y hacia qué cumbre nórdica emproará su brújula mental en sucesivos avata es intelectivos? Difícil precisarlo. Por el momento nada tan sugerente y afirmativamente valioso como los panoramas tetradimensionales que él va audazmente rasgando. Y nada tan henchido de líricos augurios, como el meridio triunfal que logrará su obra, en su inexhaurible polarización hacia todos los vértices porveniristas...

JOAQUÍN DE LA ESCOSURA.

© Biblioteca Nacional de España

E-N-S-A-Y-O-S D-E M-E-L-A-N-C-O-L-I-A

II

Yo ante Amiel.

Voy a dar un estado de ánimo—el primero, exterior, como ante una tela—de un libro. Yo—un uno, afrontando la responsabilidad solitaria, y alejándome de los velos gramaticales del *nosotros*—he leído el *Diario* de Federico Amiel. No he logrado nada mas que una lectura de ojos, epidérmica, el calor de la sensibilidad. El sentimiento—(que es formar y estar sugestionado por el paisaje, entregarse a la vida en su retrato y en su fuerza, la rebeldía en línea recta, estar con Dios y con la carne)—no lo he alcanzado. Creo que la sensibilidad es el sentimiento en paños menores.

* * *

© Biblioteca Nacional de España

¿Yo ante Amiel? Como sé que estoy en la epidermis de su libro, esto me lleva a la adoración—pedagógica y religiosa—me encuentro en la humildad. Antonio—ahora un paso más—aprovecha ocuparte en la oración de sus páginas. Amiel ha escrito el libro: Yo admiro. Siempre es un consuelo—en esta humanidad de tantas realidades amargas y sueños cortos—el que algunos hombres nos hayan escrito unos libros. Salvando aquello de las margaritas y lo otro de los puercos. ¡Oh grata paradoja de la soledad del papel impreso! El orgulloso solitario—ese hipocondríaco que camina por los senderos del silencio por no mancharse con los roces de los hombres—y que acaba dándonos bajo su firma, hasta en forma bella, toda su vida. Mirando el temple actual de la lobera social es una inmoralidad entregar a voces el interior. Amiel: *He aquí un humilde que se ejercita en la oración, agradecido por tus páginas.*

* * *

Estos renglones—ya lo hemos advertido—son de mirada y saludo. El ánimo, en atención vertical, irá tapizándose en torno a la doctrina. Este propósito—¡oh dulces cadenas de la amistad!—no es penetrar. Es afirmarnos en la fe—ante el águila y su mirada divisadora de lo microscópico—de que no escribiría este libro. También hay que disciplinarse arrojando a la vanidad muestras que nos presenten nuestro enanismo.

* * *

© Biblioteca Nacional de España

La presencia del *Diario* de Amiel anuncia unos pasos en las tinieblas. Por la mano que nos saluda presentimos sutilmente las corrientes de un alma. ¡Oh!, cuántas veces en las manos—anécdotas de la sangre, del dolor y del ideal—hemos hecho una profética lectura.

Admiramos de este libro—(dejamos para otra ocasión la atención del interior)—la visión de tela convocando al maravilloso silencio que requiere lo solitario y lo único.

ANTONIO M. CUBERO.

Caminando por los pueblos de la línea: «Goya-Almorox.» 1920.

© Biblioteca Nacional de España

Antología expresionista

EL ARRANQUE

Ya una vez las trompetas desgarraron en sangre mi
corazón impaciente.
Hasta que éste, saltando como un potro, tascó furioso
el freno.
En ese tiempo los tambores llamaron al asalto en to-
dos los senderos
Y la música de la lluvia de balas fué para nosotros la
más magnífica del universo.
Luego de pronto se detuvo la vida. Entre árboles vie-
jos manaron las carreteras.
Nos seducían alcobas. Era dulce detenerse y perderse,
Desnudar la realidad al cuerpo como de un uniforme
polvoriento
Y ahogarse en los tapices suaves de las horas de
sueños.
Pero una mañana el eco de señales arremetió la niebla,
Silbando cual un sable. Como cuando en la obscuri-
dad de pronto luces chorrean,

© Biblioteca Nacional de España

Como cuando en el vivac de mañana irradian las trompetas
Y los soldados cantan y ensillan los caballos y levantan las tiendas.
Yo me vi empujado en las filas que asaltan mañaneras—fuego sobre los yelmos y cornetas—.
Adelante, la lucha en la mirada y en la sangre, la rienda suelta...
Tal vez aquella noche nos acariciarían marchas triunfales
Tal vez en cualquier parte yaceríamos tendidos entre cadáveres
Pero antes del tumulto y antes de hundirnos
Nuestros ojos, borrachos de tierra y sol ardiente, se saciarían.

ERNST STADLER

1912

(Por el oleaje de sus himnos, por su entusiasmo ante las polifonías occidentales, Stadler es—con Kilke, Trakl y Jorge Heym—un precursor de los expresionistas. Cálido y convencido. Bueno, de esa bondad ecuánime que al anochecer tienen los árboles y las fuentes. No sé qué faz romántica y rezagada en la fisonomía de su espíritu le hizo germanizar los poemas pueblerinos de Francis Jammes. El 14—en su arbitrario y trágico rol de teniente de artillería—le ultimó una bala francesa.)

© Biblioteca Nacional de España

LUSITANIA

Las torres de agua cierran al despeñarse una boca.
Atravesadas manipulan las lanchas.
Marineros berreantes gotean de los mástiles.

Escarabajos sacudidos.

Balidos de sirenas.
Radiante de luna se hunde la cortesana
Agujereada por la virilidad del torpedo.
Hierven las olas. Úlceras.
Plantas del mar untan las caderas de tablas.

...¡Lusitania! Palacio en los abismos flameado
Abigarrado, con jardines chorreantes—¡con antorchas!
Tu claro cuerpo dislocado por delirantes infiernos
(... hasta que una caricia te despierte...)
Ya lame el bajo azul el gallardete
y sirenas—¡las sirenas resuenan!
Viscosidad de arco iris tus despojos devienen.

¡Oh, te levantas! Por los oceanos vuela
Tu aliento. Una columna fresca es la mañana
que tú despiertas... Himnicamente te meces,
Pez, ¡símbolo de las humanidades resurrectas!

JOHANNES R. BECHER

(De *An Europa*. 1916.)

© Biblioteca Nacional de España

(Johannes R. Becher. El más alto poeta de Alemania y uno de los poetas-cúspides de la épica pluricorde europea. Crucificado sobre el mutilado torso de Europa supo ritmar, en sus himnarios plenos de oceánicas resonancias, la gesta de la guerra y la revolución, de la agonía y del resurgimiento. Compañero de Liebknecht. Desde las barricadas de Berlín nos tiende sus poemas: puentes elásticos de acero que iluminan las máximas banderas de las metáforas.)

ARRULLO

En la honda fuente de tus ojos solloza una canción
de la tierra.
Mi madre canta en la tumba.
La cruz de madera de mi madre florece en la verdura.
Del rostro de tu voz se mece un eco en mi alma.
En el aliento de tu regazo acuesto el crepúsculo
y la noche florece de su seno.
Mi madre se ha despertado en la tumba.

INSTANTE

Mi corazón alza la mano.
Muchos jardines florecen.
Una mirada cae de tus ojos
Y la bebe mi alma.
Un violín.

© Biblioteca Nacional de España

Canto yo—¿cantas tú?
Sonamos juntos
Hacia nosotros florecen todas las rosas.

KURT HEYNICKE

(Del libro *Los violines de Dios*.)

CIUDAD

Sigue el ramaje de los vientos. Las aristas
De las esquinas van empujando las calles
Curvas de luz ondeante deslumbran
Espejadas por el brillo redondo de los lugares
¡Voltea el colorismo! Desata la madeja
De los valles cansados. Hambriento queda
Siempre algo eternamente igual en los deseos
Que se empujan hasta devenir polvorientos.
Ya cada frente se revuelve en la red
De las frentes pulidas. Ya huye el movimiento
Por los canales de follaje, matando aquellas
Líneas entrelazadas que se pegan al cielo.

WERNER HAHN

(De *Die Aktion*, 1918.)

NOCHE EN EL CRATER

Nube, cráneo sin mandíbula inferior, alisa el campo carcomido de cráteres.

© Biblioteca Nacional de España

En el molusco grieta se vuelve lívida la arrugada
perla enfermo rostro
Y resbala del cordón roto. Frente que aún me tiene
por ambas manos atado.
Siempre flanqueado de infinito, bostezan en mi costado
las heridas de lanza.
Ante los ojos los malos presentimientos nerviosos de
fuego a ras de tierra, como llamas de alcohol,
un exorcismo, para no sostenernos mucho tiempo en
este heroico paisaje.
Junto a las ruinas de betún y cemento, bloques erráticos 1916-17,
y escarpadas esferitas de luz, desesperado contra-exorcismo.
Las granadas de gas estallan como un intestino pinchado,
Las proboscis de las caretas limitan su horizonte al
mínimum de existencia.
Alrededor del yelmo de acero el ventilador viento
sopla
tras de buscar inútilmente susurros en las forestas;
aquí el lecho primordial de raíces ya no mece la
tierra,
sino la detonación de las minas, el final de la trayectoria de terribles cometas,
Encuentros calculados en no sé qué angustiosa astronomía,
bajo las frentes rizadas como cinc rígido.
Las granadas de mano se arrojan por la borda.
Al amanecer surge como en alta mar un cadáver

© Biblioteca Nacional de España

Color de plata o agua. Para nosotros—cual un amuleto—íntimo e inmediato.

ALFRED VAGTS

(De *Die Aktion*, 1918.)

EL CIELO NOS SOBORNA

El cielo nos soborna
con los ojos algo entornados
Las copas de los álamos
Dicen de la paz y del viento
Hermanas relucientes
Se tienden en la pradera
Sobre las vidriosas máscaras de los bosques
Las riendas del sol cuelgan
Fuego mojado
Arde en la piel verde
Paz del recuerdo
Mana sin tregua
Un arco pardo
Lentamente vuelve
Lo toma el puente
Antes que la tarde azul aparezca.

WILHELM KLEMM

(De *Die Aktion*, 1918.)

© Biblioteca Nacional de España

LUCHA DE AMOR

La voluntad está
Tú huyes y huyes
No tener
No buscar
Yo
No te quiero!
La voluntad está
y arranca las paredes
La voluntad está
y tuerce la corriente
La voluntad está
y arruga en sí las leguas
y jadea
ante ti
Ante ti
y odiar
ante ti
y defender
ante ti
e inclinarse
ante ti
y hundirse
pisar
acariciar
maldecir
bendecir

© Biblioteca Nacional de España

alrededor
de la tierra redonda!
La voluntad está!
En el mismo éxtasis
se apretan nuestras manos
y nuestras lágrimas
ondean
en el mismo torrente
La voluntad está
No tú
No a ti
La voluntad está!
No
Yo!

ENCUENTRO

Tu paso tiembla
Al vernos muere la mirada
El viento
Juega
Cintas pálidas
Tú
Te das vuelta!
El tiempo está cortejando el espacio!

© Biblioteca Nacional de España

AL PASAR

En los astros arde la casa
Mi paso se retiene y tirita.
Mi cerebro duerme en tu seno.
Las dudas me devoran!
Pleno
sombrea tu busto en la ventana
Sin ruido el espionaje me envuelve
Los astros rayan hierro ardiente
Mi corazón,
se carboniza!
La ceniza que lanzó el viento jadeante
se hiela en tu ventana
Los pies siguen arrastrando el fardo vacío!

AUGUST STRAMM

(Del libro *Du Liebesgedichte*, 1919.)

POEMAS

Suave temblor
Manos inclinan fuentes de brillo
Corazones de niños se estremecen
Pliegues de cielo
Estrellas el rocío de la tierra florece
Manos cogen luz vacía

© Biblioteca Nacional de España

Portan luz
Queman luz
Niños erran sobre mundos
Alas apoyadas al cáliz
Derramadas en el cielo
Lloran mares
Hondo viaje
Hombre
Fulgor resbalan barcas de niños
Luz aislada
Madre plañe tinieblas

Luto desola
Sin nombre
Manos hunden ojos
Sin lágrimas
Destruído por los hombres
Cabellera de viento
Palidecer
Abandonado por los hombres
Sin mundo
Luto desola
Luto desola

LOTHAR SCHREYER

(Del *Sturm*, 1919.)

(*La trayectoria subcutánea y barroca que dibujan los poemas de Lothar Schreyer reflejan su actitud de pri-*

© Biblioteca Nacional de España

mordial anti intelectualista y su desdén por toda pirotecnia teorética. Artista—ha dicho Lothar Schreyer—es el visionario que en las visiones sufre el imperativo categórico de modelar las visiones... «No hay arte ético. No hay arte político. No existen leyes en el arte. Cada obra de arte trae consigo su ley... La belleza es un error y un engaño. La obra de arte no es ni bella ni fea. El gusto o el disgusto no pasan de ser una opinión personal o general sobre la obra de arte... Arte es aquello que no podemos definir. Las susodichas obras de arte (las que admira como tales el siglo) no son revelaciones necesarias de una visión, sino fabricaciones del libre albedrío humano...»)

EPITALAMIO

Pájaro rojo
El corazón voló sobre las plazas que esponjaba la noche
Las avenidas sueltas
Colgaron sus hamacas de tus hombros
Púrpura fresca se despeñó por la desnuda ventana
Los espejos bebieron las aureolas
Los ojos fueron una vid trepadora sobre tu torso irradiante
Bajé a tu carne como quien baja a una fuente
Trapecio sensorial estrella honda gimnasia curvilínea
En la culminación los cuerpos fueron dos alas
Yo había olvidado

© Biblioteca Nacional de España

Que en la tierra existían tantos jardines
Sobre tu cuerpo avión de adolescentes
Volé rompiendo los horizontes felices.

H. v. STUMMER

(Del libro *Leidenschaftliche Plakate*, 1919.)

Notas y traducción de JORGE-LUIS BORGES

© Biblioteca Nacional de España

BESTIARIO PINTORESCO

El viejo dromedario nómada

A D. Domingo Barnes, hombre culto
y corazón de oro, afectuosamente.

Por las calles de la ciudad el viejo dromedario pasea su larga silueta grotesca con un gesto doliente de cansancio y de pesadumbre.

El pobre dromedario siente todo el hondo pesar de su destierro en medio de estas calles urbanas de la ciudad, por las que camina torpe, nostálgico, como avergonzado de su fealdad y resignado de su mala suerte.

En la exigua caravana que pasea su dolorosa tristeza por todos los ámbitos de la tierra, el viejo dromedario es como una simple figura decorativa, sin prestigio y sin esperanza de redención.

Por eso es su vaga mirada tan profunda y tan pensativa...

De la tierra bien amada, que acaso ya nunca vuelva a ver, sólo las otras bestias de la exótica *troupe* calle-

© Biblioteca Nacional de España

jera le traen un recuerdo obsesionante, la única complacencia de su vida terriblemente atormentada.

Lleva en las pupilas cansadas, semicerradas por el dolor y el hastío, como un deslumbramiento del ardiente sol del desierto. Una perpetua visión de infinitos arenales candentes, de lejanos oasis maravillosos, de gloriosas e inextinguibles reverberaciones.

Y el pobre dromedario se muere de frío y de tristeza bajo las brumas gélidas y espesas de los herméticos cielos europeos, entre los artificiosos aturdimientos y las prolongadas estridencias de las calles embaldosadas, tan duras para su lento paso de desterrado, invadidas de gentes extrañas, orilladas de altos edificios, recios y amazacotados, que no dejan que llegue la insólita caricia del sol hasta los seres de la tierra y que entoldan el amplio jirón azul del infinito con sus colosales moles ensombrecidas y siniestras.

El viejo dromedario no sabe andar por las calles de la ciudad. Encuentra el sendero interminable... Él sólo sabía caminar ligero, flexible y hasta gracioso, por las ondulantes y muelles llanuras africanas, entre la silenciosa cabalgata, lenta e incansable, que avanza lejanía adentro en una jornada sin término.

Su horrible joroba necesita el lindo quitasol rojo, bajo el cual se entornan las negras pupilas, extáticas y fascinantes, de alguna leila encantadora, en una laxa placidez de ensueño...

Son sus largas ancas como formidable armazón propicio para los luengos tapices fabulosos y los regios mantos orientales, sobre los que alcanza todo su pres-

© Biblioteca Nacional de España

tigio de sublime leyenda la grave silueta esplendorosa de algún poderoso monarca indígena, que eligió el lomo del dromedario como serena prominencia, desde la que se encuentra más grande y majestuoso, como sobre su trono único.

El viejo dromedario era noble y gentil allá, bajo los ardientes solsticios del trópico, entre el abrasar de las yermas estepas desoladas e innumerables.

Su deformidad tornábase ingrávida, casi alada, con el exiguo y pintoresco ajuar, por todo exorno, de algún poeta viajero, enfermo de melancolía, que caminase férvido hacia el encantado recinto de la Meca lejana...

Eran entonces los pasos del viejo dromedario rítmicos y acordes como tonada de guzla.

Y bajo las estrellas, en las claras noches indicas, longas y fulgentes, prodigiosas, el viejo dromedario sintió sobre sus romas orejas, tan deformes, el largo sollozar doliente de alguna hermosa princesa, deportada al destierro, acusada de alto delito de traición...

¡Cómo era feliz entonces el viejo dromedario! La dulce voz del Sarama tornábale diligente y amable. Las bellas canciones de los peregrinos a lo largo del desierto hacíanle entornar los párpados respetuosamente, mientras sus fauces se ensanchaban, presintiendo la suave frescura, la bíblica belleza, inviolable y extática del oasis tranquilo.

No debió llegar nunca el viejo dromedario hasta el tráfago insólito de la civilización.

Su gesto resignado, ese gesto grave de austero ce-

© Biblioteca Nacional de España

nobita irredento, pregona todo su odio, dice de todo su desprecio por los que le arrastraron al horror de su existencia gris, de sus horas cruentas, de su tristeza errante.

¡Oh, el amor de la tierra perdida, acrecentado por la ausencia; el dolor de tanta soledad, entre las multitudes irreverentes, que se burlan de su traza grotesca!

Sólo para hacer reir alentará ya siempre el pobre dromedario. Su monstruosa joroba desnuda, repulsiva, será el blanco de todas las miradas y de todos los atrevimientos.

Es lo raro, lo deforme, lo anacrónico, en medio de la civilización. Nada importan su bondad, ni su mansedumbre, ni su resistencia, ni su paciencia. Es feo, desentona, rompe la armonía de las normas estéticas imperantes y debe desaparecer.

¡Pobre dromedario viejo, nómada y triste, solo y cansado!

¡Cómo eres el espejo de muchos hombres que lloran el dolor de sus fracasos a lo largo de un camino duro e interminable!...

El pequeño fifí.

Le aseguro, lector, que no ha visto usted en todos los días de su vida mono más mono que aquel que durante algún tiempo hubo de pertenecerme.

© Biblioteca Nacional de España

En Arcila, la blanca ciudad mora, sugerente y maravillosa, lo encontré una mañana haciendo monadas en la plaza pública, atento y obediente a la voz de su amo y explotador, un rifeño adolescente que ganábase la vida de esa manera.

Desde el primer momento me llamó la atención, más que nada, el tamaño exageradamente menguado del monito. No medía más de una cuarta con rabo y todo. Su pequeñez ayudábale a parecer más gracioso, siendo así que de su propio defecto nacía la causa primordial de su simpatía. ¡Demonio de titi, y cómo me cautivó con sus monadas y zalamerías!

Confundido entre el pueblo indígena permanecí largo rato en aquella plaza de Arcila, viendo al monito hacer de las suyas. Dijérase que no le faltaba sino hablar, y aun esa preciosa cualidad, propia de seres perfectos, cultos y racionales, suplíala con la elocuencia del gesto, con lo vivo de la expresión y lo intencionado y preciso de los movimientos.

¡Lástima grande que el pequeño titi no entendiera bien el español! Era muy torpe para esas tareas intelectuales. Su pequeño amo, el rifeño adolescente, sólo le hablaba en árabe, y esto en dialecto, en una endiablada jerga que ni los mismos moros de la ciudad conseguían entender todas las veces.

Y claro está, el monito en cuestión sólo a su amo entendía y obedecía. Dábale un grito el muchacho y al punto quedábase el titi rígido y solemne como un diplomático en día de recepción. Mirábale a la cara fijamente y adivinaba y comprendía todo cuanto su

© Biblioteca Nacional de España

maestro pensaba decirle. El muchacho reía muchas veces al ver cómo el monito adelantábase a sus mandatos. Era mucho mono aquel minúsculo monito que durante algún tiempo hubo de pertenecerme.

De tal manera hízome gracia el pequeño titiritero, que, valiéndome como intérprete de un moro de la ciudad, que hablaba bien el español, propuse al rifeño la compra del titi, por lo que pidiera. Al principio resistíase el muchacho. Pero al fin fué cediendo animado y convencido por los consejos y compromisos de la concurrencia, que púsose toda de mi parte, extrañamente empeñada en que yo pasase a ser el dueño del monito.

Y, efectivamente. El titi pasó a ser mío, mediante el desembolso de cincuenta pesetas, cantidad poco menos que fabulosa para el rifeño, que quedó embobado a la vista de tanto dinero.

No fué poco el trabajo que me costó vencer la resistencia del mono para que me siguiera. Saltaba y gemía desesperadamente, viendo marchar a su amo, con un gesto de irreparable tristeza. Fué toda una escenita. El dolor siempre conmueve, siquiera sea dolor de mono.

Mas he aquí que el mono hubo de seguirme al fin resignado, convencido de que no le quedaba otro remedio. Los primeros días de mi amistad con el titi fueron difíciles y monótonos. El pequeño animal negábase a todo lo que fuera expansión o regalo. Ni quería comer ni mirar a nadie, y mucho menos hacer alguna de aquellas monadas que tan bien le sentaban.

© Biblioteca Nacional de España

Estaba triste, apesadumbrado. ¡Cómo se le veía rendir su tributo de cariño, de gratitud a la estrecha amistad que le uniera con el rifeño adolescente, su antiguo amo y maestro! Era muy honrado y muy agradecido el pobre mono aquel. Y además... ¡tan simpático!

Procuré que se fuera acostumbrando a mi conversación, a mis voces, a mis gestos. Poco había yo de poder o el monito entendería pronto el español. ¿Cómo si no íbamos a valernos el mono y yo? Pero era torpe para los idiomas el diablo del titi. Costóme gran trabajo, muchas rabietas, que, después de mucho tiempo, el animalito llegase a entenderme nada más que medio bien.

Y con esto acercóse la hora de mi regreso a España. El pequeño titi, aparte su torpeza para las lenguas civilizadas, queríame ya mucho. Su jovialidad era inagotable. Empeñábase en hacerme reir a todas horas. ¡Qué de monadas y cabriolas y payasadas continuamente! Parecía loco de contento cuando conseguía hacerme reir, y lo conseguía con harta frecuencia.

Saqué esta consoladora consecuencia: los animales tienen un gran espíritu de adaptación, los monos sobre todo. Sólo necesitan un poco de amor para ser los esclavos más sumisos...

Ya en España—el titi paseó su admiración por varias provincias peninsulares, antes de instalarse definitivamente en la villa y Corte—, el buen monito procuró hacerse simpático a todo el mundo, cosa que

© Biblioteca Nacional de España

consiguió fácilmente, porque como era tan mono...

Lo fuí presentando a todos mis amigos, que quedaban admirados, aparte su gracia, de la pequeñez y viveza del titi.

Un día llegó a casa, atraído por la fama del monito, un señor acompañado de un niño muy pálido, muy débil y triste, enfermito de una extraña dolencia. Venía a que le vendiese el titi para su pequeño, aquel niño melancólico, que deseaba poseer un bichejo como aquél hacía mucho tiempo.

Sinceramente conmovido escuché al padre del niño pálido y triste. Suplicábame emocionado: «Está muy malito, se nos muere, señor... ¿Cómo negarle ese capricho, el último acaso? Considere usted que mi súplica...»

Sin más vacilaciones el titi fué a parar a las manos del niño enfermo. ¡Qué inefablemente sonrió el chiquillo! ¡Aquella sonrisa sí que valía un mundo! Era la alegría al fin, después de tan contenida e irreparable tristeza.

Y sucedió...

Que luego de mucho tiempo, aquel niño triste y enfermo recobró la salud y la alegría. ¿El monito tal vez? ¡Quién sabe! Pero lo cierto es que él se puso bueno... y que el pobre titi murió. ¡Desventurado titi!

¡Cómo hizo reir a la gente! ¡Qué noble fué su misión en la vida! Por él volvió a la salud una vida preciosa, herida de muerte. ¡Qué importaba su pérdida!

© Biblioteca Nacional de España

Había servido para algo más que para hacer monadas y tonterías.

Había servido para algo más que muchos hombres, que no sirven para nada...

JUAN BAUTISTA SASTRE.

© Biblioteca Nacional de España

BIBLIOGRAFIA

FÉLIX CUQUERELLA. — *Mariposas del placer*. — Caro Raggio, editor. — Madrid, 1920. — Este poeta, autor de varios tomos de versos ingenuos y sentidos, acaba de publicar una novela corta en la que se desarrolla penosa y melancólicamente un idilio rezagado y contrario, como tantos otros de los muchos que se manifiestan a menudo en la realidad de la vida.

El estilo de esta obrita es fácil y ameno, y el tema escogido está tratado con soltura y acierto nada comunes.

C. A. C.

© Biblioteca Nacional de España

EDITORIAL "MUNDO LATINO"

APARTADO 502.—MADRID

CATÁLOGO PROVISIONAL

(EXTRACTO DEL CATÁLOGO GENERAL)

OBRAS COMPLETAS

DE RUBÉN DARÍO

(Ilustraciones de Ochoa.)

	Pesetas.
I.—La caravana pasa	4,00
II.—Prosas profanas	4,00
III.—Tierras solares	4,00
IV.—Azul	4,00
V.—Parisiana	4,00
VI.—Los raros	4,00
VII.—Cantos de vida y esperanza	4,00
VIII.—Letras	4,00
IX.—Canto a la Argentina	4,00
X.—Opiniones	4,00
XI.—Poemas del otoño y otros poemas	4,00
XII.—Peregrinaciones	4,00
XIII.—Prosas políticas	4,00
XIV.—Cuentos y crónicas	4,00

© Biblioteca Nacional de España

	Pesetas.
XV.—Autobiografía	4,00
XVI.—El canto errante	4,00
XVII.—Viaje a Nicaragua e Historia de mis libros	4,00
XVIII.—Todo al vuelo	4,00
XIX.—España contemporánea	4,00
XX.—Prosa dispersa	4,00
XXI.—Lira póstuma	4,00
XXII.—Cabezas	4,00

Ediciones especiales de lujo, con decoraciones a mano de Enrique Ochoa.

DE FRANCISCO VILLAESPESA

I.—Intimidades.—Flores de Almendro	3,00
II.—Luchas.—Confidencias	3,00
III.—La copa del Rey de Thule.—La musa enferma	3,00
IV.—El alto de los Bohemios.—Rapsodias	3,00
V.—Las horas que pasan (Veladas de amor)	3,00
VI.—Las joyas de Margarita: Breviario de amor.—La tela de Penélope.—El milagro del vaso de agua	3,00
VII.—Doña María de Padilla.—La cena de los cardenales	3,00
VIII.—El milagro de las rosas.—Resurrección.—Amigas viejas	3,00
IX.—Las granadas de rubíes.—Las pupilas de Almotadid.—Las garras de la pantera.—El último Abderramán	3,00

© Biblioteca Nacional de España

	Pesetas.
X.—Tristitiæ rerum	3,00
XI.—La leona de Castilla.—En el desierto	3,00
XII.—El Rey Galaor.—El triunfo del amor	3,00

DE GÓMEZ CARRILLO

I.—El libro de las mujeres	4,00
II.—Jerusalén	4,00
III.—Vida errante	4,00
IV.—Vistas de Europa	4,00
V.—Tres novelas inmorales	4,00
VI.—El primer libro de las crónicas	4,00
VII.—El Japón heroico y galante	4,00
VIII.—Flores de penitencia	4,00
IX.—Literaturas exóticas	4,00
X.—El despertar del alma. (Treinta años de mi vida)	4,00

Seguirá toda la labor del gran literato

DE EMILIO CARRERE

Esta colección contendrá varios tomos inéditos.

I.—El caballero de la muerte	3,50
II.—La cofradía de la pirueta	3,50
III.—Dietario sentimental	3,50
IV.—Elvira la espiritual	3,50
V.—Los ojos de los fantasmas	3,50
VI.—El dolor de la literatura	3,50
VII.—El divino amor humano	3,50

© Biblioteca Nacional de España

Colonia Escolar de Santo Domingo

(Verdadera residencia de estudiantes)

Záncara (Ciudad Real)

En pleno campo y con los mejores adelantos pedagógicos y excelente Profesorado, está llamada a cumplir una misión educativa verdaderamente formidable.

Explotación Agrícola en la misma finca que permite enseñanzas especialmente prácticas, que difícilmente pueden conseguirse.

Director propietario:

J. Fernando Fraile

Diríjase la correspondencia al Secretario de la Colonia,

D. Angel Dotor

Záncara (Ciudad Real)

© Biblioteca Nacional de España

Editorial MUNDO LATINO

Obras de Emilio Carrére

La Editorial «Mundo Latino» ha conseguido un gran éxito con la primorosa colección de las obras completas de Emilio Carrére, ilustradas por Ochoa.

VAN PUBLICADOS

El Caballero de la Muerte.—La Cofradía de la pirueta. Los ojos de los fantasmas. El dolor de la literatura. Dietario sentimental. El divino amor humano. Elvira la espiritual. La torre de los siete jorobados. Nocturnos de otoño

Seguirá toda la labor del gran Poeta, y en la colección figuran varios tomos inéditos.

Precio de cada volumen: 3,50 pesetas

Obras de Gómez Carrillo

LUJOSOS VOLÚMENES DE 350 PÁGINAS

VAN PUBLICADOS:

El libro de las mujeres.—Jerusalén.—La vida errante. Vistas de Europa.—Tres novelas inmorales.—El primer libro de las crónicas.—El Japón heroico y galante. Flores de penitencia. Literaturas exóticas. El despertar del alma (Treinta años de mi vida). Primeros estudios cosmopolitas. Pierrot y la moda. La sonrisa de la esfinge. Hombres y superhombres.

Precio de cada volumen: 4 pesetas.

Concesionario de venta: Sociedad de Librería, Ferraz, 21, moderno

Pedirlo a la Librería Yagües: Caballero de Gracia, 28. MADRID

© Biblioteca Nacional de España

BIBLIOTECA ARIEL

Esta Biblioteca ha puesto a la venta los siguientes volúmenes:

Estampas de viaje.

Con este bello libro, lleno de interés y emoción, el ilustre poeta mejicano, *Luis G. Urbina*, rinde un nuevo homenaje de amor a la patria hispana.

El libro de los plagios.

Sensacional obra, en la que *Luis Astrana Marín* pone de manifiesto las profanaciones y los latrocinios literarios cometidos por Rodríguez Marín, Cejador, Casares, Villaespesa, Martínez Sierra y otros.

La sombra del maestro.

Novela que ofrece un alto interés hispano-americano, por ser una valiente y desenfadada crítica del estado en que se halla Méjico. *Eusebio de la Cueva* da en esta obra gallardas pruebas de poseer un sugestivo temperamento literario.

Semblanzas de América.

El ilustre crítico peruano *Ventura García Calderón* estudia en este libro, con la sagacidad y la galanura en él peculiares, las más ilustres y representativas figuras intelectuales de América, tales como Rodó, Silva, Darío, Herrera y Reissig, Palma, Chocano, Gómez Carrillo, Almafuerte, Zorrilla de San Martín, Carlos Reyles, González Prada y Montalvo.

Precio de cada volumen: **4 pesetas.**

Pedidos a la Librería de Yagües, Caballero de Gracia, 28, Madrid.—Se envían contra reembolso.

Concesionaria exclusiva para la venta:

Sociedad General Española de Librería, Diarios, Revistas y Publicaciones.

Ferraz, 21.—MADRID

© Biblioteca Nacional de España